

HOMINIZACIÓN

PETER KAPRA

PETER KAPRA

HOMINIZACION

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
Dr. Julián Álvarez, 151
BARCELONA
BUENOS AIRES

PORTADA: R. GRIERA

Depósito Legal: B. 20.297 – 1971

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

En el mundo animal, la evolución obedece a tres causas fundamentales: mutación genética, adaptación al medio ambiente y selección natural.

(TEILHARD DE CHARDIN)

CAPÍTULO PRIMERO

La guerra interplanetaria duraba ya doscientos sesenta años, poco más o menos. Estalló cuando las primeras naves terrestres llegaron a los mundos al principio del siglo XXI.

Algunos años antes había empezado la conquista del espacio: el primer salto a la Luna, con Armstrong, Collins y Aldrin; la circunvalación a Marte, el famoso «avenuzaje» de 1993, con la muerte de toda la expedición y su misteriosa desaparición, y la primera base lunar.

De allí llegó la espantosa y sobrecogedora noticia que el mundo ignoró durante años «Naves espaciales de origen extraterrestre nos están observando».

Y, después, la noticia fatal y estremecedora: «¡Nos están atacando! ¡Vengadnos!».

La guerra interplanetaria empezó entonces exactamente: el 23 de

marzo del año 2001.

La humanidad entera se estremeció ante aquella noticia. Una conciencia universal electrizó a chinos y americanos, a rusos y africanos. Y a raíz de ello, la Organización de las Naciones Unidas creó lo que desde entonces se llamaría «W.H.C.» (War High Conseil)[1]

Los más prestigiosos generales del mundo entero se reunieron primero en Londres; después, en Washington y, por último, en el Cuartel General Secreto, situado en «algún lugar de los mundos». Durante años, por lo tanto, altas personalidades militares presidieron aquel célebre consejo y de él emanaron las órdenes destinadas a la defensa de la humanidad.

Las primeras batallas fueron espaciales. Se localizó al enemigo en un planeta situado en el sistema conocido astronómicamente como Próxima Centauri, a unos cuatro años luz aproximadamente de la Tierra. También se hicieron los primeros prisioneros sobre las ardientes arenas del planeta Marte.

Una nave de propulsión fotónica alcanzada por los desintegrantes disparados en una estación sideral provista de rayos «láser». El enemigo se vio obligado a descender sobre Marte. Y una expedición al mando del mayor Torres Schmidt capturó a cincuenta y nueve expedicionarios enemigos.

¡Fue la primera vez que los terrestres veían a seres enteramente blancos, o *snowmen*, como se les conoció al principio!

Los olfiseos — naturales de Olfis — poseían una constitución física bastante parecida a la humana. Eran bípedos, acusadamente dolicocéfalos, enteramente calvos, provistos de brazos y manos, éstas ligeramente palmípedas, carentes de vello, facciones ratoniles y hocicudas, con boca grande, dientes agudos. Tenían dos ojos pequeños, pero de gran radio visual y casi capaces de ver en ángulos de doscientos a doscientos cincuenta grados, y vestían ropas antirradiactivas, pudiéndose cubrir, incluso manos y cabeza, y salir incólumes de una explosión nuclear.

Pese a todo ello aturdidos y desconcertados en un ambiente que les era hostil, aquel primer grupo fue capturado fácilmente por las tropas del mayor Torres Schmidt y rápidamente en una supernave atómica trasladados a la Tierra.

Así se supo que la pigmentación de su piel era «mimética», o sea, que poseían la facultad del camaleón de adaptar su coloración dérmica a la del lugar donde se encontraban. Precisamente, esta cualidad era la que, en estado de inercia o reposo, daba a su epidermis la blancura que les caracterizaba.

De todos es sabido que la mezcla de los colores del arco iris forma

el blanco, el cual, según demuestra la descomposición de la luz a través del prisma, compone el espectro solar o lumínico.

Los olfiseos procedían de un medio distinto al nuestro. La luz era tan intensa en su ambiente que la «repelían» por medio de su blanca pigmentación.

Morfológicamente, eran muy parecidos a los terrestres. Vertebrados, con sistema cardiocirculatorio similar al del hombre, respiración pulmonar, aunque sus pulmones no eran como los nuestros, por lo que debían permanecer dentro de campanas de aire acondicionado, mamíferos y… ¡ovíparos!

Cualquier olfiseo podía poner un huevo, en edad adulta, y conseguir un hijo por incubación natural o artificial.

Esto habría de representar un terrible contratiempo para los planes ofensivos y estratégicos del W.H.C., porque, como pronto se supo, tanto en el campo de observación de prisioneros como en los propios mundos ocupados por los olfiseos, se reproducían con una celeridad pasmosa.

Se comunicaban entre sí por telepatía y oralmente utilizando gestos muy expresivos y sonidos guturales. Poseían un idioma muy rico, pero su uso se iba perdiendo. La telequinesia daba una idea de su evolución psíquica e intelectual. Tampoco usaban la escritura. Los documentos y los escritos se grababan en filmaciones electrónicas. Una placa transparente, del tamaño de una caja de fósforos y algunos milímetros de grueso, podía contener un texto muy superior a la Biblia. Introducían la placa en una especie de reloj rectangular, de pulsera, y leían en imágenes los gestos y los sonidos grabados por sus jefes, sabios, informadores o literatos.

La Humanidad, cada día más impresionada, supo así, aunque de un modo paulatino y gradual, que se enfrentaba a una raza muy superior en todos los órdenes: sus naves eran de una extraordinaria capacidad, sobrepasaban la «barrera lumínica» en el hiperespacio, e iban tripuladas por más de dos mil hombres. Se supo también que su técnica era muy superior a la terrestre y que sus intenciones no podían ser más específicas y concretas: querían el dominio total y absoluto del Universo, destruir y aniquilar toda raza que no fuese idéntica a la suya e instalarse en aquellos lugares que les fueran gratos, para lo que se construían sus propias ciudades, con la atmósfera adecuada, etc.

Políticamente, los olfiseos estaban gobernados por una especie de monarca, quien había conquistado el poder arrebatándoselo a un ancestral consejo de ancianos, y que sometió a su mundo y luego envió sus legiones a la conquista de otros planetas.

Aquel rey se llamaba Eckdek I y decía haber sido incubado en el

mismo Reino de la Luz Eterna. Cien millones de guerreros, bien equipados y alimentados, demostraban en todas partes la magnificencia de su dueño y señor, matando y destruyendo a quien negase tales cosas.

Otro problema que afrontó el «W.H.C.» terrestre fue el de la larga existencia de aquellos enemigos. Por término medio, un olfiseo bien alimentado y en condiciones normales, podía vivir entre ciento setenta y doscientos veinte años terrestres. Además, cada uno de aquellos seres podía reproducir hasta cuarenta vástagos, que en poco menos de seis años se convertían en adultos, inteligentes y sagaces, dispuestos a empuñar las armas más modernas y manejar las máquinas más complicadas en defensa de los intereses de su raza.

Además de un grave peligro, aquella reproducción rápida del enemigo atacante era una dificultad insoslayable.

Y para contrarrestarla, o al menos paliarla en lo posible, el «W.H.C.» ordenó la movilización universal.

* * *

— Teniente Luis de Sada — leyó el comandante de clasificación militar.

— ¡Presente!

— Por su relevante tesis biológica, se le destina al Centro Especial de Reproducción Humana.

Entre los cinco mil jóvenes oficiales que acababan de terminar su carrera, Luis de Sada, moreno, de ojos oscuros e inteligentes, facciones casi femeninas, alto, bien proporcionado y de constitución atlética, alzó la cabeza y sonrió. Había anhelado intensamente aquel momento.

En su acentuado espíritu religioso — extendido entre la humanidad a consecuencia de aquella interminable guerra—, rezó y agradeció a Dios que le hubiese permitido alcanzar aquel puesto. Él tenía ideas muy particulares sobre la biología que, en muchas ocasiones, expuso a sus profesores. Y uno de sus proyectos, llamado «Humanización General», debía encontrarse, seguramente, en alguno de los misteriosos e ignotos despachos del «W.H.C.», o tal vez estaba siendo estudiado por otros biólogos más experimentados que él.

A medida que se iban mencionando los nombres y los destinos, los nuevos oficiales abandonaban, en perfecto orden, la nave subterránea de la Academia de Capacitación Militar, situada a dos mil quinientos metros de profundidad, en otro lugar de la atormentada Tierra, que ni siquiera los alumnos conocían.

Luis de Sada llegó a su alojamiento. Sus camaradas de albergue

fueron llegando después. Casi todos habían sido destinados a tropas de asalto, o sea al Ejército Regular. Sin embargo, había «hombres-peces», «hombres-voladores», «hombres-torpedos» y «hombres-blancos». Estos últimos aún no habían sido adaptados a su futura condición. De oficiales del Ejército Regular, pasarían a un Centro de Adaptación, donde les modificarían el cráneo, alargándoselo. Tenían que parecer auténticos olfiseos, para poder actuar en las guerrillas de retaguardia del enemigo, y hasta en el propio Olfis, donde morían novecientos noventa y nueve de cada mil. El único superviviente sería torturado, maltratado, viviseccionado y, por fin, eliminado, después de haber obtenido de él cuanta información quisieran sus captores.

Pese a esto, aquellos hombres suicidas causaban verdaderos estragos en las instalaciones industriales y militares enemigas.

En otros centros de instrucción se capacitaba a soldados por millones. Bastaban unos meses para convertirse a los que hasta los diecisiete años habían sido obreros en guerreros que partirían para la lucha sideral.

El «Alto Consejo de Guerra» había establecido unas leyes universales, para todo hombre o mujer de cuatro años, edad en que se movilizaba a toda la humanidad en aquellos aciagos años del siglo XXIII.

Máquinas computadoras y psicotécnicas examinaban la capacidad mental y física del niño. Los resultados era exactos: el diez por ciento se destinaba al mando futuro; el noventa por ciento, a tropa.

Luis de Sada obtuvo un coeficiente elevado de inteligencia y fue destinado a la Escuela de Mandos, de donde pasó a la Academia Universitaria y, posteriormente, a la Escuela de Capacitación Militar. Y, entre cinco mil jóvenes de veinte años, sólo él partió hacia un extraído laboratorio de biología, cuyo nombre era él, el primero en oír mencionar.

— ¿Adónde, Luis? — le preguntó uno de sus compañeros de alojamiento.

— Al Centro Especial de Reproducción Humana.

— ¡Demonios! ¿Qué es eso?

— Algo que debe estar relacionado con la tesis biológica que presenté. Me tortura hace tiempo la idea de por qué los olfiseos se reproducen tan rápidamente. Mientras ellos son quinientos mil millones de ovíparos, nosotros, a pesar de las intensas campañas reproductora, no hemos alcanzado ni los cincuenta mil millones, y tenemos un promedio anual del quince por ciento de bajas.

— He oído decir que el índice mayor de bajas las sufrimos en las cámaras eutanásicas — habló un teniente que estaba capacitado

para «hombre-pez» y cuyo destino sería morir, posiblemente, en los pantanos de Venus.

— Es lógico — respondió Luis—. Más del cuarenta por ciento de nuestros combatientes regresan con heridas radiactivas e incurables. No hagáis caso a las estadísticas. Hoy se gradúan ciento cincuenta mil oficiales. Y no es cierto. Yo no iré a luchar al espacio exterior.

— ¿Qué harás tú? — preguntó otro, que preparaba gozoso su equipaje.

— Iré a cualquier centro biológico del ejército. Tengo que hallar la fórmula de incubar hombres y mujeres en tal cantidad que en pocos años seamos cien veces superiores en número que el enemigo.

— ¡Vaya, tú sueñas, de Sada! ¿Un huevo, un hombre?

— No estoy muy seguro de que todos los olfiseos sean hombres.

— ¿Qué quieres decir?

— Que los hombres blancos del tirano Eckdek I pueden ser en su mayoría artificiales. Nuestro problema es el número. Tenemos fábricas subterráneas que producen armas y naves para muchos millones más de hombres. Nuestra capacidad industrial bélica es enorme. Casi alcanzamos a los olfiseos. Pero nuestras bajas no se pueden reproducir tan rápidamente como las suyas.

«Es evidente, pues, que dentro de veinticinco o treinta años, la guerra habrá terminado. Eckdek I vendrá a pisar nuestras cenizas.

— ¡Cuidado, Luis; eso que dices está castigado!

— Hablo científicamente. Es pura teoría estratégica y somos oficiales desde hace poco. Podemos discutir cálculos de posibilidades matemáticas... Lección 671, a), b), c) y d) — Luis de Sada sonrió a su compañero—: Que nades bien, Jerky. Deja para mí la «hominización».

— ¿La qué?

— Bueno, la teoría de reproducir hombres aptos para la guerra. He sido destinado a un centro de reproducción humana.

— ¡Demonios!

— Y si el obispo te oye invocar al diablo, también te pueden sancionar — terminó Luis.

* * *

Un tren subterráneo condujo a Luis de Sada hasta una anónima estación, solitaria, iluminada por mortecinas lámparas de vapor de sílice. Hacía frío allí. El inspector del tren advirtió a Luis, y éste se

puso el capote gris termógeno.

Un hombre esperaba en el andén. Un hombre grueso, de avanzada edad, envuelto en un viejo abrigo negro y cubierto con una gorra de orejeras.

Los seis vagones del monorraíl subterráneo se alejaron silenciosamente, y el joven oficial biólogo vaciló, mirando fijamente al hombre solitario, que se acercaba a él cojeando ligeramente.

— ¿Teniente Luis de Sada? — preguntó aquel hombre.

— Sí, señor... Perdone, ¿cómo es que no lleva usted uniforme ni distintivos?

— ¡Bah, soy un viejo «quebrantahuesos»! Soy coronel... Me llamo Laird, Abraham Laird... Y esto es la Sub-Antártida. ¡Están locos! Energía y calor para nosotros. Aquí nos moriremos sin hacer nada... ¡Muertos de risa, fritos! Claro que a seis mil metros de profundidad debía hacer calor. ¡Y no es cierto! ¡Malditos geólogos! ¡Ya les daría yo un laboratorio como «Intraterris»! ¡Así se llama esto! ¡Ni un rótulo! ¡Vamos, hijo, vamos a casa antes de que nos congelemos aquí! ¡Judith se alegrará de tener un joven apuesto con quien hablar!

En un hueco del andén había un ascensor magnético.

Entraron, Luis con su saco de viaje y su maletín de aseo, capaz hasta de producir seis litros de agua por electrólisis.

— Me comunicaron tu llegada. Tenemos un control de radio — siguió diciendo el coronel Laird —. No sé cómo se les ocurrió... ¡Ah, lo único bueno es el laboratorio! Espacioso, bien equipado, moderno y con calefacción. Se habría estropeado todo si no llegan a instalar la calefacción.

— ¿Cuántos somos?

— ¿No te lo he dicho? ¡Tres; tú, yo y Judith!

— ¿Quién es Judith?

— ¡Vaya...! Ahí la tienes... Mi hija, la teniente Judith Laird, oficial biólogo del Cuerpo Femenino del Ejército.

El ascensor se había detenido ante una sala espaciosa, cuyas paredes estaban recubiertas de planchas metálicas. Y ante ellos, una preciosa muchacha, de rostro agradable y ovalado, ojos grises y chispeantes, y figura esbelta bajo su mono gris con el distintivo de teniente en el pecho.

— ¿Teniente de Sada? — preguntó la joven, de la misma edad que Luis, sonriendo y tendiendo su delicada mano.

— Sí... Encantado... Mucho gusto, señorita... Perdón, teniente Judith — Luis estaba desconcertado.

Era la primera vez en su vida que tocaba una mano de mujer. El

contacto le causó una impresión agradable, pero la proximidad de ella le turbó. Lógicamente, Judith tampoco había podido ver jamás a un hombre. Sin embargo, había más naturalidad en su actitud.

— Hubiese bajado al apeadero — habló ella, tratando de aligerar a Luis de su maletín de aseo—. Pero mi padre me lo quitó de la cabeza. Aquello está a veinte grados bajo cero... Dice mi coronel que con uno que muera de la familia es suficiente.

— Ha sido una gran suerte ser destinada al mismo laboratorio que su padre—observó Luis.

— No es suerte. He sido profesor de mi hija durante seis años. Y he venido con ella por voluntad propia — habló el coronel Laird—. No dejaría a Judith sola aquí ni aunque lo mande el señor Ebben.

— ¿Hace mucho que llegaron?

— Quince días. Nos trajo aquí el inspector Rooger.

— ¿Quién es el inspector Rooger?

— Un tipo seco, cuya misión es viajar, por todos los laboratorios bioquímicos del globo. Se ve que está relacionado con el Instituto General Científico... Es general inspector, claro está.

— ¡Ah! — exclamó Luis, mirando de reojo a Judith, y encontrándola fascinante —. ¿Y qué hemos de hacer aquí?

— Ya hablaremos, jovencito — replicó el coronel Laird—. Ya hablaremos sobre tu tesis doctoral, a la que llamaste «Humanización General».

— Comprendo... Era eso.

— ¿Qué entiendes tú por hacer hombres en serie, teniente de Sada? — preguntó Judith—. ¿Crees poder hacer lo que dices en tu tesis?

— Es preciso investigar mucho. Pero puede hacerse.

— En mi tesis biológica yo dije lo mismo que tú—contestó ella —. Por eso estamos los dos aquí... ¡Y bien sabe Dios que no te conocía, ni había oído jamás hablar de ti!

Luis se quedó mirando a la hermosa muchacha fijamente... ¡Muy fijamente, con intensidad!

CAPÍTULO II

— «Hominización» — Judith Laird leyó el título de la carpeta roja que sostenía en las manos—. Está basada en los mismos principios que tu tesis sobre la génesis artificial humana. Es obra de mi padre y mía. Yo he tenido la suerte de colaborar siempre con él.

Por encima del borde de la taza de café que estaba bebiendo, Luis miró a su compañera de, trabajo.

— Existen algunas diferencias básicas fundamentales— dijo.

— Hablaremos de ellas a su debido tiempo. Nosotros creemos que es posible «fabricar» hombres para la guerra, del mismo modo que la «Standard» hace robots.

— Poco más o menos — contestó Luis.

Se encontraban los dos solos en un despacho de novísima construcción, iluminado intensamente por lámparas ocultas tras los paneles vítreos del techo. Un muro de cristales, con puerta accionadas electrónicamente y marco de acero, les separaba del pasillo que comunicaba con el gran laboratorio, en uno de cuyos departamentos el coronel Laird estaba abriendo algunas cajas de material biológico.

Judith abrió la carpeta y hojeó las páginas que contenía, hasta encontrar una serie de láminas, cuidadosamente dibujadas. Eligió la señalada con el número seis y en la que se veía la silueta de un cuerpo humano, iluminado en color azul. El sistema nervioso estaba coloreado con tinta roja.

— Esquema número seis — dijo Judith, depositando la lámina sobre la mesa dé cristal de roca—. Problema número uno. Mi padre dice que las neuronas se comunican sus impulsos eléctricos por un circuito de doble inducción, o sea de ida y vuelta por el mismo circuito.

— Correcto — admitió Luis.

— ¿Cómo lo realizamos?

— Por medio de células cristalizadas sintéticas. He resuelto ya algunas dificultades por medio de aminoácidos especiales. Desde luego, el laboratorio de la Academia de Capacitación no es tan completo como éste, ni contaba con la valiosa ayuda de tu padre. Pero el problema es mínimo.

Judith sonrió.

— Me encanta tu confianza, Luis. Me gustaría ver una demostración.

— Vamos al laboratorio de síntesis... Trae mis apuntes.

La joven tomó otra carpeta que había sobre la mesa. Salieron del

despacho y se dirigieron al departamento contiguo al ocupado por el coronel Laird, quien les sonrió a través del muro transparente, mostrándoles un objeto metálico que había extraído de una de las cajas.

— Es el excitador manual — dijo Judith—. Las ratas van a empezar a brincar.

En el laboratorio de síntesis se encontraba todo lo necesario para realizar la investigación que Luis de Sada proponía. Y ahora, cubiertos con batas blancas esterilizadas, se enfrascaron en una serie de manipulaciones. Al cabo de dos horas, Luis mostró un matraz que contenía un líquido gelatinoso.

— Células nerviosas sintéticas, Judith.

—Quiero examinar eso en el microscopio electrónico.

El examen de Judith duró más de media hora. Al fin, verificó la comprobación y dijo:

— Creo que es correcto. Lo someteré a inducción eléctrica. ¿Qué voltaje necesita?

— Pon el reóstato a quince vatios y aumenta progresivamente. Establece una conexión neurónica.

Las ágiles manos de Judith se movieron sobre los aparatos de comprobación electrónica, sometiendo a diversas pruebas las células nerviosas sintéticas.

Tan absortos estaba en su trabajo que no observaron la llegada del coronel Laird.

— Me han comunicado por radio que dentro de unos minutos vamos a temblar un poco.

— ¿Bombardeo? — preguntó Judith, palideciendo.

— Sí. Se aproxima una flota espacial de diez mil naves. La Defensa Interplanetaria tratará, como siempre, de interceptar al enemigo, pero como siempre también, muchas cargas nos alcanzarán y las entrañas de nuestro castigado planeta se estremecerán.

Puede que algunos subterráneos se derrumben, especialmente los viejos.

— ¿Es que no se cansan nunca esos malvados?

— No se cansarán hasta que nos hayan eliminado— observó Luis —. Han logrado convertirnos en topos, desalojándonos de la superficie del planeta. Pero no nos iremos jamás de aquí.

Abraham Laird recogió algunos objetos delicados que había sobre las mesas y los guardó en los armarios.

— No conviene que se caiga nada y se rompa. Son muy

meticulosos en los centros de material. Me lo han enviado todo con cuentagotas.

El coronel Laird se detuvo al ver oscilar la luz. Al mismo tiempo, un lejano estallido, como el redoble de un trueno continuado, llegó hasta ellos... ¡Y el laboratorio subterráneo vibró fuertemente!

Judith palideció, mirando a su padre y a Luis. Éste no alteró un músculo de sus facciones.

— Ya están ahí... ¡Habrán demolido una montaña!

Otra explosión, más fuerte que la anterior, volvió a sacudir el lugar. La luz casi se apagó por completo.

— ¡Debe ser espantoso!—exclamó Judith.

— Terrible... En cualquier momento, perderemos el equilibrio interplanetario y la Tierra saltará hecha pedazos.

— Bueno, en tal caso, todo habrá terminado, hijos míos —dijo el coronel Laird, filosóficamente.

Ya no se produjo ningún temblor más. Durante la cena, la radio informó acerca del terrible bombardeo atómico, considerado como el mayor de los últimos veinte años.

— La vía subatlántica número ocho ha sido alcanzada—continuó diciendo el servicio de información oficial—. Se han producido numerosas víctimas en Ártetis y Endora, nuestras importantes bases industriales situadas bajo la cornisa submarina. Ciento noventa mil personas han perecido y las factorías de material eléctrico de Artona están aisladas.

«El único modo de socorrer a los habitantes de la zona es por el exterior y los servicios de socorrismo están siendo conducidos a la superficie, donde la radiactividad es elevadísima.

— ¡Desconecta la radio!—exclamó Judith—. ¡Es espantoso! ¿Cómo podéis estar escuchando esas atrocidades?

Luis se levantó de la mesa y apagó la radio.

— No debes ponerte nerviosa, hijita. Estás muy excitada. Ha sido un bombardeo fuerte, nada más.

— Me iré a dormir... Disculpadme.

Sin apenas haber probado bocado, la joven se levantó y desapareció tras la puerta del pasillo que comunicaba con sus habitaciones particulares.

— Judith es muy sensible... Y ya no puedo tratarla como a una niña. Si se casara... ¿Por qué no te casas con ella, Luis?

El teniente biólogo se sonrojó.

— Perdón, muchacho. Ya sé que no estás preparado para

ello... Esta maldita guerra tiene la culpa. Pero tú no eres un soldado, sino un científico. Yo también, como tú, salí de la academia de capacitación y conocí a la madre de Judith. Trabajábamos juntos en un laboratorio donde estábamos más de quince mil personas. Había muchas chicas bonitas...

«¡Ah, Abby, qué tiempos aquellos! Fue Sarah la que se declaró a mí. El Control de Natalidad le exigió cumplir con el artículo 9° Y Sarah no quiso la inseminación artificial. Era una gran mujer. Al amor le llamó siempre amor, y los hijos debían ser de madre y padre... ¡Si levantara la cabeza y viese lo que tratamos de hacer en «Intraterris», se moriría otra vez!

— ¿Cómo murió?

Abraham Laird entornó los ojos, evocando los tristes y remotos recuerdos.

— Hubo un gran ataque... Los «*snow-men*» desembarcaron en Groenlandia. Fue preciso atacarles con todos nuestros efectivos. Se necesitaron médicos auxiliares y la enviaron al exterior. Ya no regresó. Sufrió tales quemaduras que se hizo necesario llevarla a una cámara eutanásica.

«Yo intenté ir con ella, pero me lo impidieron. Era necesario en la Escuela de Biología. Y gracias a esto, Judith estuvo siempre conmigo... ¡Es un pequeño genio!

Luis sonrió y dijo:

— Ella ha tenido mucha suerte. En cambio, yo... No sé quiénes eran mis padres. Soy hijo natural. Hubiese terminado en el espacio sideral, abrasado dentro de una nave, si mi cerebro no hubiese dado un coeficiente elevado. Mi padre pudo haber sido un soldado cualquiera. Sé que esos hombres se unen con mujeres fecundas antes de partir para ir en busca de la muerte.

«Yo también habría estado unos días con ellas, de haber sido destinado a la lucha exterior. Y sería toda mi experiencia al respecto.

— Te comprendo, Luis. La vida es así. Pero si es que Judith no te gusta, podemos pedir otros biólogos femeninos de la escuela.

Algo así como una luz pareció encenderse en el cerebro de Luis.

— ¿Podemos pedir más oficiales? —preguntó.

— Sí, claro. Nuestra labor aquí es importante.

— ¿Y pretende usted que la resolvamos entre los tres? ¿O es que trataba de impedir mi contacto con otras mujeres?

— ¡Por Dios, Luis! Mujeres biólogos hay muchas. Hombres, muy pocos. Nosotros somos un problema aislado, que debemos resolver a nuestro modo... Sí, hay mujeres más bonitas que Judith.

Sólo trataba de defenderla. Ahora mismo llamaré a Rooger y le diré…

— No, por favor; todavía no. Hablaré con Judith— dijo Luis —. Me asusta dirigirme a ella en términos que no sean científicos. Pero más me asusta pensar en que Judith se haya fijado en mí y yo no me haya dado cuenta. ¿Quiere usted decir que me recibirá bien?

— No lo sé… Fue ella la que me dijo que quería estar sola aquí, contigo… ¡sin otras chicas!

* * *

Luis se detuvo ante la puerta de la habitación de Judith. Estuvo unos minutos vacilando entre tocar el timbre o retroceder, trémulo, acobardado, pasándose la lengua por los labios. Hasta que, al fin, se decidió.

La puerta no se abrió a la primera llamada.

Luis volvió a insistir, anhelando no ser recibido y contando los segundos, para retirarse. Pero la puerta se abrió. Y Judith, con una túnica vaporosa, que le llegaba hasta las caderas, apareció ante él.

— ¿Qué deseas, Luis de Sada?

— Quería… Yo… Tu padre… Bueno… Hablarte… Me ha dicho…

Aturrullado, confuso e incoherente, el joven pareció dispuesto a dar media vuelta y salir corriendo por el pasillo. Por fortuna, Judith se apartó y dijo:

— Entra y siéntate, Luis. Te daré un cordial.

— Sí… Gracias… Estás muy linda, Judith.

— Iba a acostarme. Estaba un poco nerviosa, a causa de las noticias de la radio.

El alojamiento de la joven era sencillo, casi espartano. Sólo un tocador y un espejo lo diferenciaban del de Luis. El armario era metálico, el lecho fuerte, sólido, y las ropas de color gris. La butaca y la librería eran verdes.

Judith tomó una botella de un estante de la librería. Observó que él le miraba las piernas con interés y se entretuvo a propósito llenando lentamente el vaso con el cordial. Se sentía halagada por aquella observación.

Judith jamás había tenido a un hombre tan cerca.

— ¿Te parezco bonita, Luis? — preguntó, con voz acariciante.

— Sí, mucho.

— No has visto a otras mujeres, ¿verdad?

Él negó con la cabeza.

— Toma, bebe — dijo ella, dándole el vaso y mirándole al rostro—. ¿Quieres que me siente en tus rodillas, Luis?

El vaso tembló en la mano de él. No pudo responder, ni siquiera impedir que la joven se sentase en sus piernas y le pasara un brazo en torno al cuello.

Judith sonreía fascinadoramente al atraer el rostro de Luis hacia el suyo.

— Es una sensación muy agradable tenerte tan cerca, Luis.

— Yo… yo…

— Dame el vaso. Yo te daré de beber… ¡Estás temblando!

Judith le arrebató el vaso y se lo puso en los labios suavemente, para que bebiera.

— Es un cordial… Pero podría ser un hechizo de amor.

— ¿Un qué? — preguntó él.

— Ámame, Luis… ¡Por favor!

Ella acercó sus labios entreabiertos a los de él, entornando los ojos al mismo tiempo. De aquel modo, sus bocas se unieron profundamente, mientras los dedos acariciadores de Judith hurgaban en los cabellos del joven.

Después, una sensación de enervamiento sacudió a Luis. Y fueron entonces sus manos las que abrazaron aquel cuerpo de mujer joven y exuberante.

Judith consiguió lo que pretendía.

* * *

Cuando Judith Laird despertó a la mañana siguiente, siempre artificial en aquella vida subterránea, no halló a Luis a su lado. La ropa de él tampoco estaba allí. Se había ido.

Saltó del lecho, pasó al pequeño cuarto de baño y se duchó vigorosamente. Luego, se vistió con un mono gris y salió al pasillo.

Encontró a Luis sentado en el salón, extrañamente rígido.

— ¿Qué haces aquí? — le preguntó ella.

— Estaba pensando — contestó él, con voz débil, sin atreverse a mirarla.

— ¿En qué?

— En ti… En nosotros… Tendremos que casarnos.

— ¡Oh, tonto; claro que sí! El sábado iremos a ver al obispo Rurke.

— No está bien lo que hicimos.

— ¿No me quieres, Luis? — preguntó ella, sentándose a su lado y abrazándole.

— Sí, te quiero. Pero no debimos hacerlo... No me atrevo a mirarte a la cara.

— ¡Eres adorable, Luis! Te he tendido una hermosa red y has caído en mis brazos como un niño ingenuo.

— Soy un hombre ingenuo, Judith — confesó él.

— ¡Claro que sí! Escucha, Luis; nos necesitamos el uno al otro. Yo no podía esperar a que viniera otro oficial biólogo. Pero sí temía la llegada de otras compañeras. Mi padre demoró su llegada, utilizando al inspector Rooger.

— Lo sé. Tu padre me lo dijo.

— No quise correr riesgos, ¿comprendes? Nos casaremos y tomaremos un alojamiento doble... ¡Oh, tenía un miedo horrible a que vieras a Shanie Holm; es tan endiabladamente atractiva!

— ¿Es que puede haber alguna mujer más hermosa que tú?

— Si me quieres, no encontrarás a ninguna más hermosa que yo, teniente De Sada — dijo ella, acercando su rostro al de él—. ¿Y me quieres, verdad?

— Sí.

— Entonces, yo te conservaré y te defenderé de mujeres como Shanie y Fala Richer. Vendrán, entre otras, la semana próxima. Por esto, hemos de ir cuanto antes a ver al obispo. No he intrigado tanto y coaccionado a mi padre para perderte ahora.

— ¿Tanto deseabas un marido?

— Contigo tenía la única oportunidad. Hace tiempo que supe que íbamos a estar juntos. Y de tanto soñar contigo, sabía hasta cómo eres. Guapo, inteligente, tímido...

El coronel Laird apareció en aquel momento. Sonrió al ver a la pareja y dijo:

— Buenos días. ¿Biología o intimidad?

— Hola, papá — exclamó Judith —. Luis y yo vamos a casarnos.

— ¡Caramba, ésa es una buena noticia! ¡Os felicito a los dos! Y me alegro oírlo, porque esta noche he escuchado por radio cosas sumamente penosas y desagradables... ¡Los olfiseos han desembarcado de nuevo en la Tierra!

— ¿Dónde? — gritó Luis, poniéndose en pie de un salto.

— En algún lugar de África. Rompieron nuestro cinturón estratosférico. Siberia ha sido calcinada una vez más y la situación empeora. Se teme que empiece la lucha subterránea de un momento a

otro.

— ¿Dónde estamos nosotros? — preguntó Luis.

Abraham Laird se encogió de hombros.

— «Intraterris» es el nombre clave de una situación geográfica subterránea. Sólo algún departamento secreto del «W.H.C.» conoce nuestra situación... Igual podemos estar exactamente bajo el invasor que en el hemisferio opuesto.

— Sin embargo, nosotros debemos trabajar en nuestra investigación, sin preocuparnos de nada más— dijo Judith.

— Y eso haremos. ¿Cuándo habéis decidido casaros?

— El próximo sábado.

— Bien. Llamaré a Rooger para darle la noticia. Celebraremos aquí una pequeña fiesta íntima. La semana próxima nos llegarán veinte muchachas de la escuela... ¡Ah, me gustaría ser un abuelo como Dios manda! ¡Y que reviente Eckdek y su casta de ovíparos!

Después de abrazar a Judith y estrechar la mano a Luis, el viejo científico se dirigió al laboratorio de química, donde se puso a hacer café en una probeta.

Judith creyó más conveniente preparar el desayuno para los tres en la cocina electrónica. Quería sentirse más vinculada a Luis.

CAPÍTULO III

El obispo Rurke, sin dejar el trabajo — se hallaba dedicado a efectuar delicadas soldaduras de platino en chapas de circuitos impresos — indicó a los novios que fueran llenando los formularios que tenía sobre la mesa del obispado.

— No puedo decir siquiera una misa — explicó—. El capataz de línea vendrá a buscar este trabajo a las seis y no habré terminado.

— ¿Podemos ayudarle, monseñor?-—preguntó Judith.

— ¡No, por Dios! Sólo tengo un soldador. Además, vosotros no estáis especializados. Rellenar los formularios. Con eso basta. Luego, podéis rezar en la capilla. Nadie os molestará.

No fue una boda fastuosa. Sin embargo, ambos contrayentes iban vestidos de oficial.

Fue Luis quien rellenó los impresos, anotando sus señas personales y graduación. Estampó su firma y luego pasó la hoja a Judith, para que rellenase su parte. Todos los registros oficiales los llevaba el obispo de cada comunidad.

— Luego enviaré las copias al ministerio y lo anotaré en los libros. Supongo que os queréis, ¿eh?— bromeó el obispo—. Tu padre me lo explicó todo, Judith. Has tenido mucha suerte... ¿Y que estáis haciendo en «Intraterris»?

— Si se lo decimos, nos excomulga usted, monseñor— contestó Judith.

— ¡Vamos, vamos, no será para tanto! No creo que estéis pactando con el diablo.

— Algo de eso hay. Sin embargo, lo hacemos obedeciendo órdenes.

Sin dejar de mover sus manos y el soldador, el bondadoso obispo Rurke replicó:

— No creo que el «W.H.C.» ordene ofender a Dios. No están los tiempos para disparates. Supongo que debe ser un importante trabajo científico y la seguridad aconseja el secreto.

— La verdad, monseñor — habló Luis—, es que no estamos seguros de que sea pecado o no, como tampoco sabemos si tendremos éxito. Al menos, pretendemos hacer soldados.

— ¿Hacer soldados?

— Dicho de otra manera, seres artificiales.

— Robots, querrás decir, hijo. Yo también colaboro con estos circuitos a crear máquinas pensantes.

— Nosotros nos proponemos hacer hombres pensantes, monseñor.

Las facciones del obispo se contrajeron.

— ¿Hacer? ¿Cómo? ¿Artificialmente? ¿Hombres de carne y hueso?

— Poco más o menos.

Por vez primera, las manos del obispo dejaron de trabajar. Sus ojos, desmesuradamente abiertos y oscuros, miraron hacia la pareja, primero a Judith y luego a Luis. Después, una sonrisa afloró a sus labios.

— Eso es imposible. Y aunque lo consiguierais, serían seres de limitados recursos, cuerpos sin alma.

— Sí, cuerpos sin alma, monseñor — dijo Judith—. Pero que servirán para la guerra, que empuñarán armas y controles, que pensarán el modo mejor para causar daño al enemigo y que hasta pueden tener conciencia.

— Si fuese así… Si lográis hacer algo artificial y pensante… ¡Vamos, por Dios; eso no puede ser! ¡Qué disparate! ¿Así es cómo perdéis el tiempo en «Intraterris»? Algún día de estos iré a ver vuestros trabajos. ¿Habéis hecho algún «homínido»?

— Sí, tenemos varios modelos — contestó Judith —. Son cuerpos insensibles aún. Pero dentro de algunos años podrán ser nuestra salvación.

— La salvación de la humanidad está en manos de Dios. Él nos ha enviado esta amarga prueba y no conocemos sus divinos designios. Nuestro deber es acatarlo todo con resignación y luchar hasta el fin. A lo mejor, se compadece de nosotros y nos perdona, devolviéndonos la paz.

— Así sea, monseñor — contestó Judith.

— Ea, dejémonos de monsergas. Tengo mucha prisa. No quiero que me amoneste el capataz. Id a rezar y que seáis muy felices.

Luis y Judith se agarraron de la mano para entrar en la pequeña capilla del obispo Rurke. Se arrodillaron ante la sencilla cruz de hierro, que iluminaba una lámpara de cuarzo, y, durante diez minutos, rezaron en silencio, pidiendo paz para la Humanidad, éxito para su trabajo y felicidad para su matrimonio.

Luego, salieron, se despidieron del obispo y abandonaron el obispado, que era un alojamiento o habitáculo semejante a los que se alineaban a lo largo del 1 gran túnel llamado Midaston.

¿Cómo era una ciudad subterránea del siglo XXIII?

Las exigencias de la guerra Tierra-Olfis habían obligado a evacuar las ciudades de la superficie del planeta. Al principio, se utilizaron simples refugios atómicos. Luego, la prolongación del conflicto, el gran número de bajas, las radiaciones atómicas y la contaminación atmosférica en forma de «lluvia radioactiva», obligó a profundizar en el subsuelo, buscando estratos subterráneos seguros.

Máquinas perforadoras de gran potencia horadaban la tierra horizontalmente y penetraban bajo las montañas. Detrás venían equipos de estibadores y colocaban los soportes principales, hechos de tubos de acero — más tarde estos soportes eran telescópicos y graduables —, y una vez hecha la «cueva», se procedía a excavar los «habitáculos».

Una ciudad subterránea era, pues, un gran túnel con alojamientos a derecha e izquierda. En cada ciudad eran distintos estos albergues, a

los que la técnica añadía todas las comodidades necesarias, tanto de higiene como de temperatura, renovación de aire, refrigeración, agua, etc.

Pero la guerra duraba ya muchos años. Todo el globo estaba militarizado y las principales poblaciones subterráneas se comunicaban entre sí por vías férreas, líneas telefónicas, estaciones de radio y túneles auxiliares situados a distintas profundidades, unos de carácter estrictamente militar y secreto, y otros públicos.

Los ingenieros del ejército se encargaban de estas gigantescas perforaciones. Un equipo completo de vías subterráneas podía terminar en un día hasta quince kilómetros de túnel: perforación, eliminación de escombros, estibación, «encofrado» con planchas de acero o con puntales telescópicos, según el destino de la obra.

Y como había ocurrido antiguamente con los tendidos de las vías férreas importantes, a lo largo de estas comunicaciones subterráneas se extendían las poblaciones por el sistema de agrandar el túnel, y lo que primero fue un apeadero, cruce y cambio de vías llegó a convertirse en una ciudad subterránea, cuyo techo sostenían millares de columnas metálicas.

Midaston era una pequeña población dé ciento sesenta mil habitantes. Sus casas eran como nichos de un cementerio. A los del piso bajo se entraba fácilmente, pero a los altos había que trepar por escalerillas metálicas.

Toda la población de Midaston estaba militarizada. Dependían de una de las factorías auxiliares de la «Standard Steel», la gran empresa de construcciones electromecánicas, dirigida ahora por un grupo de técnicos y científicos militares.

Excepto los soldados, cuyas edades oscilaban entre los diecisiete y los cuarenta y cinco años, todos los demás debían trabajar durante dieciséis horas cada día. Un tren se detenía diariamente en Midaston a recoger a los obreros. Otro tren los traía de regreso al terminar la jornada. Pero había mujeres, niños, ancianos y hasta robots que permanecían en Midaston todo el tiempo, colaborando con alguaciles, ferroviarios, basureros y renovadores de aire, y todos estaban obligados, como el obispo Rurke, a realizar un determinado trabajo auxiliar y doméstico para colaborar en el esfuerzo bélico.

Poco podía ver Luis de Sada, pues, en aquella localidad subterránea donde había ido a contraer matrimonio. Puertas cerradas, pilares, vías férreas y niños menores de seis que correteaban entre los fardos de la estación o se encantaban viendo pasar los trenes militares con destino a los más distantes puntos del globo.

Todo aquello estaba iluminado por débiles luces de vapor de

sílice, cuarzo, yodo o azufre.

Aparte de que tenían poco que ver allí, disponían de escaso tiempo. El tren que debía dejarlos de regreso en el Centro de «Intraterris» — Especial de Reproducción Humana — pasaría antes de media hora. No podían malgastar su tiempo, dado que no les pertenecía.

— ¿Cuándo estuviste aquí?

— A nuestra llegada. Fue entonces cuando conocí al obispo Rurke... Lo he oído decir varias veces que vendrá a visitarnos, pero nunca lo hace. Estuve también dos días antes de tu llegada con el Inspector Rooger. Fuimos a despedir a los instaladores.

— Bueno. Lo importantes es que estamos casados. Ya puedes besarme cuanto quieras, Judith.

— Ahora mismo, mi amor — contestó ella, echándole rápidamente los brazos al cuello, para lo cual hubo de ponerse de puntillas.

* * *

El monorraíl se detuvo en el frío y solitario andén. Al abrirse las puertas, el ambiente cambió, llenándose de alegres y juveniles gritos. Las jóvenes biólogos que llegaban a engrosar la plantilla del Centro Especial creían llegado el momento más feliz de sus vidas.

— ¡Oh, Deisy, somos libres! ¡Abrázame, tonta!

Otras corrían arriba y abajo, buscando a sus compañeras. Apenas si nadie se fijó en el hombre del abrigo oscuro y en el joven de uniforme gris, que esperaban junto al ascensor magnético, envueltos en bufandas y cubrecabezas.

— ¡Ése es mi saco, Lona! ¿Es que no ves mis iniciales?

— ¡Coronel Laird!—gritó una preciosa muchacha rubia al identificar a uno de los hombres que la esperaban.

Luis vio acercárseles a una chica de impresionante figura. Ella le miró con descaro.

— ¡Recontra, un hombre!

— Es el teniente Luis de Sada, Shanie...

Ella tomó la mano enguantada de Luis y la retuvo.

— ¿Biólogo?

— Bioquímico — contestó Luis.

Otras muchachas se acercaron. Todas tenían la misma edad: veinte años. Pertenecían a la misma promoción y procedían de idéntica escuela universitaria.

Y la atracción que ejerció Luis sobre todas ellas, sin excepción, fue instantánea, hasta el extremo que hubo de intervenir severamente el coronel Laird para poner un poco de paz y orden, mientras el monorraíl subterráneo se alejaba silenciosamente.

— Supongo que Judith sabía que él estaría aquí, ¿no? — preguntó Shanie Holm a Luis.

— No sé... Nos casamos el sábado.

— ¡Ah, ya entiendo! ¡La muy bribona! El viejo refrán de en la guerra y en el amor, todo es lícito. Utilizó a su padre para venir antes. ¿Dónde está esa bruja?

— Mi esposa está preparando los alojamientos de ustedes.

— ¡Apea, apea tratamientos, teniente; aquí todos tenemos la misma edad! ¡Quisiera ser hombre, canastos; y lerdo como un zafio; al menos iría a morir a los espacios abiertos! ¡Es preferible eso a vivir enterrada y rodeada de intrigantes!

Las otras muchachas también hablaban. Las había muy atrevidas, y Luis recibió varios pellizcos furtivos, lo que le indujo a penetrar rápidamente en el ascensor.

— Subiremos de cinco en cinco... Vamos, coronel— invitó el joven.

Las primeras cinco biólogos quisieron ser quince. Abraham Laird hubo de recurrir a su autoridad para que las otras esperasen el regreso del ascensor.

— Fala Richer — presentó Shanie—. El teniente Luis de Sada, esposo de Judith Laird.

— ¿Hay muchos oficiales como tú aquí? — preguntó la picaresca y trigueña Fala, acercándose al joven.

— No. Sólo yo.

— ¡Qué lástima! Espero que Judith no sea egoísta... Tú pareces fuerte.

Pese a sentirse virilmente halagado, Luis no dejó de sentir también cierta inquietud. Tener que convivir en «Intraterris» con aquellas mujeres de ciencia no sería fácil. Se dijo, asimismo, que debía ser cauteloso. Al Control de Fecundidad le interesaba extraordinariamente que en poco tiempo aquellas veinte chicas quedasen embarazadas, pero él estaba allí para realizar una misión científica importante, de cuyo éxito dependía que la humanidad venciese en su lucha con los olfiseos.

Al detenerse el ascensor, Judith estaba allí esperándoles. Saludó efusivamente a sus antiguas compañeras y sonrió cuando algunas la tildaron de intrigante y de aprovechada.

— Admitirás que valía la pena — contestó ella con desenvoltura —. Con vosotras aquí, Luis no sería mi marido.

— ¡Es que será tu marido nominalmente!—declaró Fala Richer.

— ¡Cuidado, Fala!—advirtió Judith—. Tengo vitriolo en el laboratorio.

— ¡Bah, no es para tanto!—intervino Shanie Holm—. Vamos, coronel Laird. Enséñeme las instalaciones.

Luis aparentó tomarse las cosas en broma. Sin embargo, aquel fue el día más amargo de su vida. Tuvo que soportar un provocativo exhibicionismo de formas, porque las muchachas entraban en su alojamiento con exiguas prendas de ropa para preguntarle cosas fútiles.

Cuando pretendía escapar hacia la oficina del laboratorio, una chica llamada Lena le llamó desde la puerta de su cuarto, cubierta únicamente con una ligera prenda azul. Y Lena era una escultural criatura.

Por suerte, aquello lo acabó Abraham Laird en la primera comida colectiva que hicieron.

— Señoritas — empezó diciendo el respetable coronel —, lamentaría tener que informar al inspector Rooger de su incorrecta conducta. Exijo discreción y decoro. Aquí no han venido ustedes a flirtear, sino a trabajar, a cooperar en un ensayo importante. Y seré inflexible en eso.

»Un informe mío desfavorable y serán trasladadas a las Fuerzas Regulares. No lo olviden.

Recorriendo las mesas del comedor con la vista, Luis pudo observar que, en primer lugar, Judith parecía satisfecha. Las demás estaban muy serias, excepto Shanie Holm, que parecía contrariada. En cambio, no gustó nada a Luis la maléfica sonrisa de los jugosos labios de Fala Richer quien parecía deleitarse con aquella declaración del coronel.

Sin embargo, el discurso dio resultado y los ánimos femeninos se calmaron.

Además, mientras Abraham Laird asignaba su misión a cada una, se pudo comprobar que existía un verdadero interés por el trabajo que se iba a realizar allí.

Aquella misma tarde, después de haber estado ojeando los diseños del «homínido» que se pensaba crear, Fala Richer se presentó en el despacho de Luis, donde también estaba Judith.

— Conozco perfectamente la tesis doctoral que hicisteis entre

tu padre y tú. Yo colaboré en ella también. Y me sorprende que esa idea haya tenido acogida en el «W.H.C.», cuando no debió pasar de la Central Científica... ¡Es una idea absurda e irrealizable!

— Luis también presentó una tesis parecida — dijo Judith sencillamente—. Por eso está aquí.

— ¡Increíble! El «W.H.C.» debía dedicarnos a encontrar un producto químico o bacteriológico capaz de acabar con los *snow-men*.

— Necesitamos soldados, Fala. Algo capaz de hacer hombres más rápidamente que el medio natural y lento.

— Existe el procedimiento del profesor Shang-li.

— El placentario de vidrio es ineficaz. Es preciso acelerar el crecimiento. Además, los claustros de plástico no son perfectos. Dan un elevado porcentaje de pérdidas... ¡Hemos de hacer seres adultos!

— Y suponiendo que eso pueda ser posible, ¿cómo serán esos seres, hombres, mujeres o mixtos?

— Hombres — dijo Judith.

— No está muy claro en tus diseños... ¿O es que la insigne doctora Judith Laird no ha sabido hasta hace unos días cómo es un hombre?

Judith se sonrojó ante aquel descarado ataque.

— Será mejor que hables con mi padre de ese asunto, Fala. Los diseños son puramente estéticos.

— El sexo califica la especie, Judith — insistió Fala, sin inmutarse —. Y aquí se supone que os proponéis realizar un hombre completo... ¿Cuál es la esquema de las glándulas secretorias y cómo vais a producir la testosterona y la androsterona? ¿Qué habéis investigado al respecto? ¿Poseerá instinto genésico o será estéril?

— Necesitamos soldados; no sementales — contestó Luis rudamente, poniéndose en pie e impresionando a Fala—. Pero somos científicos y nos complacería realizar una obra perfecta. Necesitamos alguien que se cuide de ese aspecto del tema. Y como veo que te interesa tanto, sugeriré al coronel Laird que te encargue del asunto.

— Me interesa desde el punto de vista científico—se apresuró a replicar Fala Richer.

— Temí que sugirieses un reconocimiento en mi persona.

— ¡Grosero! — exclamó Fala.

— ¡Basta, Fala! — intervino Judith—. Es mejor que te vayas.

— Sí, quédate a tu hombre. Sinceramente, no necesito a ninguno... ¡Si los olfiseos los eliminaran a todos, nada se perdería! ¡Prefiero ser mujer antes que tonto!

— ¡Enviaré una queja a la superioridad!

— Hazlo, encanto. Tal vez convenga que sepan cómo se consigue marido ilegalmente.

— ¡No he cometido ninguna ilegalidad!

— Teníamos que haber venido aquí todas juntas. ¿Crees que te va a servir siempre el que tu padre sea...?

Judith no pudo contenerse más y abofeteó con fuerza a la otra.

De no haberse interpuesto Luis, la escena habría terminado en una lucha a brazo partido. Pero fue Judith la que terminó llorando en brazos de Luis, mientras Fala salía, muy altiva y con gesto desafiante, amenazando con vengarse de aquella afrenta.

— ¡La muy...! ¡Y decía ser amiga mía! ¡La odio, Luis! ¡No la mires siquiera a la cara!

CAPÍTULO IV

El general Freeman era un héroe de la guerra cósmica. Salió indemne de dos combates espaciales. En el primero, casi totalmente destruida su nave, fue rescatado con doce de sus camaradas y tuvieron que amputarle un brazo, pero le hicieron un trasplante y recuperó un brazo exactamente igual que el perdido.

Freeman, nuevo jefe de Relaciones Científicas del «W.H.C.», creía que sólo los sabios podían ayudar al ejército a ganar la guerra. Y el motivo de su presencia en el Centro Espacial de Reproducciones Humanas de «Intraterris» obedecía a su inquietud por el hallazgo feliz de algo que podía ser importante.

Con él había llegado el inspector Rooger, un hombre delgado, macilento y gris, como su uniforme, cuyos conocimientos científicos eran muy secundarios. Sin embargo, era otro héroe de la guerra.

El coronel Laird había recibido a Freeman y conversando con él en su oficina; luego pasaron al Laboratorio Biológico, donde ahora se encontraban, junto con el teniente de Sada, Judith y Shanie Richer.

La curiosidad del general Freeman se centraba en el cuerpo humano que descansaba sobre una plataforma basculante, debajo de una lámpara de calor ortosomático.

El cuerpo estaba casi desnudo y parecía enteramente humano

incluso con pelo en la cabeza, las cejas, la barba y el pecho. Por decoro, alguna de las oficiales biólogas le había colocado al cuerpo una especie de taparrabos blanco.

Todo daba la sensación de un hombre dormido, de edad comprendida entre los veinte y los veinticinco años.

— Admito que es asombroso… ¡Una hermosa estatua humana! Lástima que no pueda hablar.

— Ni habla ni se mueve — añadió el inspector Rooger.

— Su corazón late — observó Luis—. ¿Quieren ver su electrocardiograma?

— No es necesario, teniente — replicó Freeman—. ¿Qué es lo que le falta? ¿Qué falla?

— No lo sabemos. El riego sanguíneo es perfecto. El sistema nervioso reacciona, le crecen el pelo y las uñas, y hasta sus neuronas cerebrales tienen actividad. Pero no reacciona… Es como si necesitase un soplo de vida.

— ¡Un soplo de vida! —exclamó el general Freeman—. Desde luego, es alentador que hayan logrado esto. Se le podría enterrar perfectamente como a un ser humano. ¿Por qué no vive?

— Tratamos de averiguarlo, señor — dijo el coronel Laird—. Debe existir algún fallo en su centro motriz. Aisladamente, el cerebro que nos enviaron de Ordona parece perfecto. Sus estímulos han obedecido perfectamente, pese a permanecer inerte.

— Me permite una sugerencia, señor — intervino Shanie Holm, que había trabajado con ahínco durante varios meses.

— Sí, teniente. Hágala — contestó Freeman.

— Opino, como el teniente de Sada, que «Henry» debería ser «ejercitado». Parece el anquilosamiento propio de los objetos artificiales.

— No la entiendo, teniente.

— La teniente Holm quiere decir que nuestro prototipo debería ser sometido a un aclimatamiento paulatino. Por ejemplo, sujetarle a una pista móvil e inducirle a pensar en el movimiento de los pies, para inculcar en su cerebro la acción de caminar.

— Eso me parece razonable. Pero si todos los «Henries» que se fabriquen en lo sucesivo han de ser sometidos a dicho tratamiento…

— El sistema se irá perfeccionando — habló Abraham Laird—. Una vez «ejercitado», será factible producir cerebros con esas características.

— ¿Qué necesitan?

— Una sala de adaptación ortopédica — pidió Laird.

Freeman estaba mirando el abultado vientre de Judith.

— ¿Para cuándo espera usted a su bebé, teniente Laird? — preguntó, cambiando de conversación.

— Para dentro de dos meses.

— Bien. Recibirán todo el material necesario mañana mismo. Desmontaremos la sala de adaptación ortopédica del Hospital Militar, si es preciso. Pero les queda muy poco tiempo. Si para cuando nazca el bebé este ser no está en condiciones de luchar, el Centro Espacial de Reproducciones Humanas será clausurado,

Estas palabras cayeron como una ducha de agua fría sobre el equipo biológico. El coronel Laird no halló palabras para replicar. Luis quedó silencioso y Judith abatió la cabeza apesadumbrada.

El inspector Rooger tampoco habló. Siguió detrás del severo general Freeman, quien había dado por terminada su inspección.

Al quedarse solos, ya que el coronel Laird marchó detrás del general para despedirle, Luis dijo a Judith:

— Si pudiéramos retrasar el nacimiento del niño.

— ¡Oh, Luis! ¿Qué podemos hacer?

— Trabajar sin descanso durante dos meses. Shanie, llama a Deisy Robert y a Marga Creig... Que venga también Fala Richer. A ella tampoco le interesa ser destinada al ejército regular.

— Yo creo que Fala prefiere más ir en una nave espacial, llena de hombres, que secundarnos en el trabajo— contestó la rubia Shanie.

— ¡Llámalas! Vamos a turnarnos sin descanso para tratar de estimular a «Henry».

Shanie salió. Luis se situó ante los aparatos que había en el laboratorio.

— Por favor, Judith, aplícale los cátodos a los brazos. Vamos a tratar de condicionar sus reflejos.

La futura madre se aplicó en la tarea. Mientras tenía lugar esta operación, llegaron las cuatro mujeres, a las que Shanie había explicado la situación. Y todas, excepto Fala Richer, parecían dispuestas a colaborar.

— No conseguiremos nada — objetó Fala—. Henry no se moverá.

— ¿Por qué lo dices? — preguntó Luis.

— Lo sé.

— A tu juicio, ¿qué es lo que falla? — preguntó Luis.

— Todo. No es un ser como...

— El doctor Walter le hizo un reconocimiento y, a su juicio, todo marcha perfectamente. Y el profesor Greesh, que ignoraba la identidad de Henry, diagnóstico parálisis cerebral transitoria —; replicó Luis —. Henry tiene que accionar. Nosotros lo hemos creado y la obra está sin terminar.

»Es, en sí, una excelente labor de equipo. El coronel Laird nos ha ayudado extraordinariamente en todo. Pero ahora nosotros hemos de ayudarle a él.

«Pensad todas en que, si no conseguimos que «Henry» camine antes de dos meses, seremos enviados a luchar o a morir. Pero si tenemos éxito, pasaremos á dirigir los centros de producción de seres artificiales y eso significará un notable ascenso en nuestras carreras.

Así estaba previsto. Todo el equipo del coronel Laird, en caso de éxito, se disgregaría por el mundo subterráneo, para dirigir la producción masiva de seres artificiales. Sus vidas cambiarían. De simples oficiales biólogos, pasarían a jefes y directoras de grandes laboratorios oficiales, a cuyas órdenes tendrían miles de hombres y mujeres.

— No queremos aquí a las que no tienen fe en nuestra labor — añadió Marga Creig—. Puedes irte a Midaston, en el primer mercancías que pase. Tal vez tengas suerte y encuentres a algún tullido.

— ¡Lengua de víbora!—masculló Fala, envolviendo a la otra en una despreciativa mirada—. ¿Qué debo hacer, Luis?

— Encárgate del control cardiovascular. Yo observaré el encefaloscopio... Vamos, Judith... No, Deisy accionará las manos de Henry... Levántale el brazo... Despacio... Tú, Shanie, cuídate de los impulsos mentales.

Cuando regresó el coronel Laird, una hora después, venía muy desalentado. Su hija le dio una taza de café para animarle.

— El general Freeman es un hombre duro. Creo que no piensa hacer lo que dijo.

— ¿Qué te hace suponer eso, Judith?

— Ha sido una bravata. Tienen prisa y lo demuestra el hecho de que se esté luchando en África, bajo tierra ya. Los malditos hijos de Eckdek están en nuestras ciudades.

»Por eso el “W.H.C." nos apremia. Pueden contener al enemigo algunos años. Luego, confían en contraatacar. Preparan diez millones de soldados de quince años... ¡Pobres chicos!

»Pero no dejarán a un lado nuestro trabajo por unos meses. Nadie hubiese podido hacer lo que hemos hecho nosotros en poco más de

medio año.

— Quisiera creerte, hijita. Y estoy muy preocupado por todos nosotros. Temo que nos separen.

— No nos separarán, papá.

— ¿Qué hacen Luis y las demás?

— Intentar ganar tiempo... ¡Lo necesitamos tanto!

* * *

Al día siguiente llegaron los equipos de la nueva sala de adaptación ortopédica. Cincuenta técnicos procedieron inmediatamente a su montaje.

Durante la cena, Judith observó que Fala no se hallaba en el comedor y se lo comunicó a Luis.

— ¿Cuántos técnicos han venido? — preguntó él.

— Cincuenta.

— Cuéntalos y verás que falta alguno. Fala no desaprovecha la ocasión. Apuesto que se ha llevado a su alojamiento a alguno.

La curiosidad de Judith le hizo contar a todos los técnicos. Y su sorpresa fue grande al ver que no faltaba ninguno. En el comedor estaban treinta y seis, mientras catorce estaban trabajando.

Luis no hizo caso a los comentarios de su esposa, pero al levantarse de la mesa, se dirigió al laboratorio de biología, y allí descubrió a Fala Richer, ¡abrazada al cuerpo insensible de «Henry»!

Sigilosamente, Luis se acercó por el pasillo. La puerta estaba cerrada, pero él logró descorrerla unos centímetros, escuchando así la conversación que Fala Richer parecía sostener consigo misma:

— ...amo tanto, Henry. ¡Despierta de tu letargo! ¡Hazme tuya! ¡Lo deseo tanto! ¡Yo tengo más fe en ti que ninguna de ellas! Sé que puedes vivir, y amar, y rodearme con tus brazos hechos para la guerra y el amor! ¡Vive, Henry, vive!

Luis no pudo contenerse y abrió del todo la puerta.

— ¡Fala! — exclamó.

La mujer se volvió sobresaltada. Su rostro estaba arrebolado y sus ojos despedían chispas.

— ¿Me has estado espiando?

— ¿Qué locura es ésta? — preguntó Luis avanzando hacia ella.

Falta retrocedió. Pareció encogerse dentro de sí misma.

— Tengo tanto interés como tú en conseguir el éxito.

— ¡Pero estabas cometiendo una execrable aberración!

— ¡No! ¡Quiero que Henry viva!

— ¡Para tus lascivos deseos!

— ¿Y qué? ¿Es que tengo otra oportunidad? ¿En qué mundo vivimos, cuando los hombres temen a las mujeres? ¡Tú no puedes comprender esto, Luis! ¡Tú eres hombre, y te basta mirar a una chica para que ella caiga a tus pies, ávida de caricias!

»Pero ¿y yo? ¿Y todas nosotras? ¿Y las que no tenemos un padre que nos ayude a conseguir esposo? ¿Por qué no distribuyes tus favores entre tus colaboradoras?

— ¡Eso es inicuo y vergonzoso, Fala!

— ¡Lo será para ti! Yo no pienso así... Y ahí tengo a un hombre que pugna por vivir. Me embriaga sentir en mi oído los latidos de su corazón. Está vivo, porque nosotras lo hemos creado. Y haremos miles igual que él... ¡Millones de «Henries» fuertes y vigorosos! ¡Ése será mi gran triunfo!

— Desvarías, Fala. Henry no se ha hecho para saciar tus instintos morbosos.

— ¿Por qué no? ¡Será un hombre como tú! ¡Quizá más vigoroso y fuerte, inagotable! ¡Yo quiero que sea lo que parece! He pasado muchas noches aquí, tratando de captar su aliento, un temblor de sus músculos. Le he alentado, le he provocado y he hecho lo indecible por que reaccione. ¿Es eso un delito? ¿No pretendes tú también lo mismo?

— Sí, desde luego. Eso anhelo... Eso queremos todos. Pero tú... ¡Tú eres inmoral!

— ¡No! —gritó Fala, asiendo un instrumento metálico que había sobre la mesa de trabajo y saltando fieramente sobre Luis —. ¡Y no permitiré que me separes de él! ¡Es mío!

El objeto, un soporte de la mesa basculante, pasó rozando la oreja de Luis. Fala trató de aplastarle el cráneo en su locura. Pero Luis le sujetó la muñeca con fuerza.

En el forcejeo desesperado, ella por librarse y seguir atacando, y él por evitar ser víctima de la furia de Fala, ambos se tambalearon y fueron a chocar violentamente contra la mesa, donde estaba, casi en posición vertical, el cuerpo del hombre artificial.

Y el choque de ambos contendientes fue muy violento, porque la mesa osciló, poniéndose vertical del todo.

Fala emitió un grito.

El cuerpo de «Henry» se desplomó pesadamente y Luis cayó sobre él, de costado, al perder el equilibrio.

Acto seguido, libre ya la mano que empuñaba el soporte metálico,

Fala golpeó a Luis en la cabeza varias veces, hasta que brotó la sangre. Luego, mientras él pugnaba por levantarse, ella dio media vuelta y huyó.

Luis trató de levantarse, sin conseguirlo. La sangre que le cubría el rostro procedía de una brecha en su cuero cabelludo. Y el dolor fue insoportable.

Se desplomó sobre el cuerpo semidesnudo de «Henry». Y perdió el sentido.

Diez minutos después, Judith encontró a su esposo en aquella posición. Sus gritos atrajeron a otras oficiales y en pocos minutos el herido fue trasladado a la enfermería, donde Shanie procedió a examinarle un tanto nerviosa, mientras preguntaba lo que había ocurrido.

— ¡Fala Richer! ¡Ha debido ser ella! —gritaba Judith, histéricamente—. ¿Dónde está?

Varias mujeres buscaron a Fala, pero no la hallaron. No estaba en su alojamiento, ni en ningún otro lugar. El coronel Laird ordenó a las oficiales que debían buscarla y algunas tomaron el ascensor magnético para bajar al andén, temiendo que la otra hubiese huido por el túnel, en dirección a Midaston.

Después de curada la herida y vendada la cabeza, Luis recobró el sentido. Primero parpadeó varias veces, luego se quejó y, por fin, ante las insistentes preguntas de Judith, habló:

— No… No ha sido nadie, Judith.

— ¿No te ha golpeado nadie? — gritó ella, atónita—. ¡No se encuentra a Fala Richer por ninguna parte!

— Fala no ha sido… Fui yo mismo… Trataba de reanimar a «Henry». Resbalé y me caí al suelo… Él cayó sobre mí… La mesa debió golpearme…

— ¡Estás mintiendo! —exclamó Judith—, ¡Tratas de protegería!

Sin embargo, la noticia más importante la trajo Deisy Robert a la enfermería.

— ¡Se ha movido! ¡Ha movido las manos! ¡Tratábamos de colocarle en su sitio y le hemos sentido moverse!

— ¿Qué estás diciendo, Deisy? — preguntó Shanie.

— ¡Henry vive!

— ¡No!

— ¡Díselo, Lena! ¡Díselo tú también, Vera!

— ¡Es cierto, todas lo hemos visto! —corroboraron las demás.

Luis trató de incorporarse, pero le fallaron las fuerzas. Judith fue la única que quedó a su lado, mientras las otras salían corriendo a presenciar el milagro., Y con ellas fueron también algunos de los técnicos que habían llegado a colocar la sala de adaptación ortopédica.

— ¿No vas a ver si es cierto, Judith? — preguntó Luis, con voz débil.

— Prefiero más saber lo que ha ocurrido. ¿Quién te golpeó?

— No quiero acusar a nadie, Judith. Nuestro trabajo es más importante que las rencillas pueriles. ¿Es que no te das cuenta? Tú gozas aquí de una posición de privilegio... Sé que no puedo ni debo hacerles caso a ningunos porque te pertenezco ante Dios y ante los hombres. Pero debes comprender que son mujeres como tú... Y sienten...

— ¿Son esos sentimientos los que te hacen proteger a Fala Richer, Luis? — preguntó Judith severamente.

— No seas injusta con ella, Judith. Tú tuviste la suerte de hallarme primero...

— ¡Eres un cínico, Luis! ¡Sé que no me quieres, porque estoy fea! ¡Odio al ser que llevo en mí!

— ¿Qué estás diciendo, criatura?

— ¡Traías de proteger a Fala porque la quieres!

— ¡No!

— ¡Sí, lo sé! ¡No me puedes ocultar estas cosas!— gritó Judith, retrocediendo con el semblante crispado —. ¡Ella te ha engatusado! ¡Os habéis disgustado por algo! ¡Fala es agresiva!

— ¡No es lo que te imaginas!

— ¡Estabas a solas con ella!

— La busqué, porque tú me dijiste que no estaba en el comedor y la encontré en el laboratorio.

— ¿Por qué has dicho antes que no había sido ella?

— Por favor, Judith; compréndelo...

— ¡No quiero comprender nada! ¡Te odio! ¡Os odio a todos! No quiero verte más...

Y diciendo esto, con grandes gritos, Judith dio media vuelta y abandonó la enfermería, dejando a Luis tendido sobre el quirófano. Una amargura muy honda se apoderó del herido.

Mientras, Fala Richer era encontrada, en el interior del túnel, a más de media milla del andén de «Intraterris», camino de Midaston,

temblando de frío, castañeteando los dientes, porque había huido sólo con la bata del laboratorio.

Sus compañeras la condujeron rápidamente al centro biológico, donde tuvo que ser hospitalizada.

CAPÍTULO V

Abraham Laird vivía horas inenarrables en el Laboratorio Biológico, donde llevaba cuatro días sin abandonarlo, trabajando activamente con «Henry».

En primer lugar, había comprobado una anomalía cerebral, producida en unas fibras de la médula espinal, donde su hija cometió un error, según pudieron apreciar en una exploración posterior.

Pero lo más importante fueron los movimientos reflejos de «Henry», descubiertos por Deisy Roberts y sus compañeras, cuando trataban de colocar el cuerpo sobre la mesa basculante.

El coronel Laird los comprobó también. Primero fueron débiles, casi contracciones. Pero estimulado con el acondicionador electrónico, los movimientos se acentuaron.

Y después de realizada la operación, por medio de la terapéutica electrónica, el resultado estaba siendo espectacular.

¡Laird consiguió que «Henry» moviera los brazos y las piernas sin más ayuda que los estímulos eléctricos!

La misma operación realizaron con sus músculos faciales y con su espina dorsal. Era preciso estimular cada uno de los músculos, excitarlos, darles vida y temperatura más elevada.

¡Y lograron hacer trabajar su estómago, sometiéndole inmediatamente a una observación minuciosa por medio de rayos X! La papilla ligeramente radiactiva que le hicieron tomar pudo ser seguida por todo aquel organismo que funcionaba por vez primera de modo regular.

También le inyectaron estimulantes químicos.

Al fin, el agotamiento hizo retirarse al viejo biólogo. Pero fue cuando Luis, con la cabeza todavía cubierta de vendajes, le obligó a ello, recordándole que su salud era más preciosa que la vida artificial

de «Henry».

Al retirarse, Abraham Laird preguntó por su hija.

— No se encuentra bien. Está descansando en su alojamiento.

La verdad era que Judith estaba encerrada en su cámara y no quería abrir la puerta a nadie. Luis había dormido en la enfermería.

Por su parte, Fala Richer tenía una fiebre alta, aunque iba reaccionando favorablemente al tratamiento. Luis le comunicó, por medio de Deisy Roberts, que no debía preocuparse por nada.

Al retirarse Abraham Laird, Luis efectuó otro reconocimiento a «Henry», el cual estaba tendido sobre la mesa. A su alrededor, diecinueve mujeres jóvenes esperaban las órdenes de Luis, primer ayudante del coronel Laird.

— No os necesitaré a todas — habló Luis —. Me quedaré con cuatro. Las restantes tenéis que empezar inmediatamente a preparar a «Henry II», siguiendo el mismo método que establecimos. Utilizaréis el laboratorio de síntesis.

— ¿Por qué hemos de preparar otro si no sabemos lo que hará éste? — preguntó Shanie.

—Sabemos bastante. Sé que reaccionará. Eso nos basta. Y antes de lo previsto. Pero un prototipo no es suficiente. Puede ocurrir algo, un accidente, ¡que Dios no lo quiera!, y el tiempo apremia.

»De modo que Lena, Shanie, Daisy y Marga se quedarán aquí. Las demás, trabajarán a las órdenes de Vera. Nosotros dedicaremos todo nuestro esfuerzo para animar a Henry.

El grupo se dividió y Luis puso manos a la obra en seguida, dedicando toda la atención del activador y del condicionador electrónico, a excitar las cuerdas vocales del ser artificial.

— Si logramos establecer un circuito de memoria y habla, habremos triunfado — explicó Luis, mientras preparaba un casco metálico, enteramente rodeado de cátodos y ánodos, para producir una corriente magnética en el cerebro hipertrofiado de Henry—. Le haremos aprenderse la «lección». El registro repetirá una y otra vez la grabación que hemos hecho y los circuitos harán que todo quede memorizado. Después activaremos los estímulos mentales y «recordará» lo aprendido.

Con sus cuatro ayudantes, Luis realizó el trabajo de preparación. Luego, pidió a Shanie:

— Encárgate del estimulador, Shanie. Quiero estar cerca de él, para observar sus reacciones.

En verdad, parecía un ser vivo tendido sobre la mesa de operaciones y sólo cubierto con el taparrabos.

Las oficiales de biología le trataban con delicadeza, al insertar en su piel los cátodos que sujetaban con pequeñas ventosas.

Luis repasaba meticulosamente cada cable, consultando un esquema de gran tamaño que había en el muro a escala casi natural. De vez en cuando, hacía verificaciones en los controles electrónicos.

También abrió los párpados del «durmiente» y examinó las pupilas, mientras Shanie efectuaba, al pie de la letra, sus indicaciones con el estimulador.

La operación duró más de treinta y seis horas, transcurridas las cuales no habían logrado nada, excepto un cansancio que ninguna mujer podía ocultar.

En vista de ello, y como durante ocho horas el cerebro de Henry debía estar recibiendo «enseñanza» electrónica, Luis dijo a sus colaboradoras:

— Podéis marcharos a descansar. Creo que os lo habéis ganado.

— ¿Y tú? — preguntó Shanie.

— Continuaré aquí un poco más... No te preocupes.

Shanie Holm, la rubia más atrayente del grupo, se fue con sus compañeras. Sin embargo, diez minutos después estaba de regreso con una bandeja.

— Come algo, Luis. Haré café en la probeta. Lo necesitas.

— Gracias, Shanie. Eres muy buena.

— Siento lo que te pasa con Judith. Sé que una mujer embarazada se excita con frecuencia. Está inquieta y molesta. No debes hacerle caso.

— No me preocupo, Shanie.

— Fala está bien. Pronto vendrá a ayudamos. La he visto esta tarde, un instante, cuando fui a comer. Está muy apenada por lo ocurrido.

— No ocurrió nada, Shanie.

— Bueno — ella sonrió dulcemente —. Conozco a Fala y a Judith. Siempre fueron buenas amigas, hasta que llegamos aquí. Tú eres la causa más importante. Judith sabía que ibas a venir. Incluso leyó tu tesis. Pero no se lo dijo a nadie.

— Lo sé, Shanie. ¿Por qué me lo recuerdas?

— Creo que necesitas recordar para serenarte, Luis— dijo ella, en tono suave y dulce—. Eres como «Henry». No ha vivido jamás, no tiene recuerdos ni experiencias y está rodeado de gentes que anhelan verlo actuar.

Shanie se sentó cerca de él y le envolvió en una turbadora mirada.

— ¿Qué hubiese ocurrido si Judith no llega antes que nosotras, si todo hubiera sido legal? ¿Te habrías fijado en ella? ¿O te habría llamado la atención Fala o yo?

Luis no respondió. Su mente estaba cansada.

— En este mundo donde apenas hay hombres, un joven como tú, recién salido de la Academia Militar, ha de despertar un gran interés. Nosotras, en el centro educativo, jugábamos a los novios. Yo había tenido que hacer de hombre y de mujer muchas veces. Era un juego, desde luego; pero sé de algunas que se lo tomaban demasiado en serio.

— Me desilusiona saber eso, Shanie.

— No lo creas. Éramos chicas de dieciséis años o diecisiete, mujeres ya. Desde entonces no he vuelto a jugar al amor. Pero sé que algunas todavía lo practican.

— Calla, por favor — rogó Luis —. No me gusta oír eso.

— Debes saberlo. Un mes antes de venir aquí, encontré a Judith en brazos de Fala... ¡Y tu tierna esposa besaba amorosamente a...!

— ¡No, Judith no es así! ¡No tienes derecho a decir eso de ella y menos a mí! —gritó Luis, poniéndose en pie.

— Podría contarte cosas peores. Sé que Fala tiene celos de ti — continuó Shanie insidiosamente.

— ¡Déjame en paz!

— ¿No te golpeó por eso? ¡Lo sé todo, Luis! Judith no te quiere, y Fala te odia. En cambio, yo sé esperar... No tengo prisa. Primero nuestra misión. Después... Tal vez te des cuenta de lo mucho que he colaborado...

— ¡Sois todas aborrecibles, Shanie Holm!

— No, es todo lo contrario. A ti lo que te pasa es que no has encontrado una mujer que te quiera como yo. Me doy cuenta de todo. En la Academia Militar, entre tantos hombres, no podías saber lo que hay dentro, de nosotras. Somos ternura, amor, cariño y abnegación. Al menos, yo sí lo soy.

»La mujer está hecha para el sacrificio constante por el ser amado. Eso sí lo sabes. Primero, al esposo; luego, a los hijos. Tú no podrías crear una mujer ignorando esto.

»¡Mírame, Luis; yo te daría la felicidad! ¡Te lo juro!

Él la miró. La vio acercarse y no pudo sustraerse al sinuoso y felino movimiento de aquel cuerpo de pantera rubia. Cerró los ojos. Dejó que ella le echase los brazos al cuello.

Shanie ardía de pasión…

*   *   *

Súbitamente, Luis perdió todo el interés por su trabajo. Los secretos brazos de Shanie parecían atraerle más. Y, naturalmente, en aquel lugar tan reducido era imposible ocultar nada a nadie.

La primera en enterarse fue Judith.

— ¡Le odio! —gritó a la que se lo dijo — ¡Os lo podéis repartir entre todas! ¡Que se muera! ¡No quiero verlo más!

También se enteró, lógicamente, Abraham Laird, pero no dijo nada. Tenía muchos años y mucha experiencia. Le preocupaba, sin embargo, el hecho de que la «hominización» no progresaba. El mismo estuvo tratando de estimular a «Henry», sin mucho éxito.

Y una tarde, hizo llamar a Luis a su despacho principal. Allí, Abraham Laird no era el padre, sino el jefe, el coronel y la máxima autoridad.

Luis acudió al llamamiento. Apareció ojeroso, abatido, ligeramente trémulo e inseguro. Sin mirar a su suegro, se quedó a prudente distancia.

— Siéntate, Luis — rogó el viejo—. Hazme ese favor. Tenemos que hablar de hombre a hombre.

— Preferiría más hablar de superior a inferior.

— Aquí no hay jerarquías, hijo — replicó Laird en tono conciliador—. Somos amigos, camaradas, colegas en una importante operación científica que corre un grave peligro.

— No puedo hacer más de lo que hago. He permanecido más de cien horas seguidas en el laboratorio… Y no he logrado nada.

— ¡Pero estamos a punto de lograr algo, y eso es lo que importa! Si en un mes y medio no conseguimos «dar vida» a «Henry», yo seré jubilado y retirado. Pasaré el resto de mis días haciendo pequeñas piezas para ayudar al esfuerzo bélico.

»Pero tú serás enviado a las naves del espacio, a morir achicharrado como una rata, indefenso ante el devastador fuego de las armas de Eckdek I.

— Lo siento… Ése feo el destino de muchos hombres.

— ¡El tuyo es distinto, Luis; y yo lo sé! ¡Yo leí tu tesis! Era mi gran sueño. Y removí cielo y tierra por lograrlo. Tú corroborabas mi aserto. Era factible crear vida inteligente con los métodos actuales. Y por eso se creó este Centro Especial.

»¿Por qué lo hemos de destruir ahora? ¿Quién tiene la culpa,

Luis? ¿Crees que no sufro al ver a mi hija encerrada, en su cuarto, mientras tú te embruteces con Shanie Holm? ¡Alto, yo no te culpo! Esta miserable existencia nuestra está plagada de tentaciones. Judith no es mejor ni peor que Shanie o Fala, y lo sé. No en balde he sido padre y madre al mismo tiempo de Judith, durante muchos años.

«Supongo que entre tú y Fala Richer debió ocurrir algo. Mi hija se enteró y se molestó. Y tú, en represalia, te escondes con Shanie...

— ¡Esa versión que le ha dado su hija es falsa, coronel!

— Mi hija no me ha dado ninguna versión. No le he preguntado nada. Es una mujer que está en avanzado estado de gestación y no quiero que se malogre su hijo. Para mí, el bebé tiene tanta importancia o más que «Henry».

«Escúchame atentamente, Luis. Te necesito... ¡Te necesitas tú mismo! ¡La Humanidad te necesita! ¡Es preciso poner en movimiento ese ser! ¡Es necesario! ¿Me entiendes?

— He hecho cuanto he podido, coronel Laird.

— ¡Pues hay que hacer más! ¡Hay que encontrar el modo de que «Henry» se convierta en hombre!

— Empiezo a temer que no lo conseguiremos.

— ¡No, si pierdes el tiempo con Shanie Holm!— gritó el coronel Laird, dando un fuerte golpe sobre la mesa—. Y esto se tiene que terminar. No podemos perder el tiempo en tonterías, habiendo cosas importantes que hacer.

»El general Freeman nos dio un plazo. Yo voy a darte otro a ti... ¡pero más corto! ¡Quiero un resultado positivo antes de una semana! Ingéniatelas como quieras y haz lo que te plazca. Si transcurrida una semana a partir de este momento no has obtenido algo concreto, pediré tu relevo inmediato y serás enviado a la lucha.

Luis se envaró en su asiento.

— ¡No puede usted hacerme eso!

— ¿No? ¡Ya lo verás! Ahora, puedes retirarte. Vuelve a tu trabajo.

— Con amenazas no conseguirá usted que «Henry» salga andando — objetó Luis, furioso.

— No es una amenaza, Luis de Sada. Es una sentencia irrevocable. Deja a Shanie y dedícate a buscar el modo de que «Henry» reaccione. Si en siete días no lo has logrado, al octavo saldrás de «Intraterris» con destino al campo de batalla.

Luis no respondió. Se levantó, dio media vuelta y abandonó el despacho, dirigiéndose directamente al alojamiento de Shanie Holm. No se recató en absoluto de nadie. Dos jóvenes oficiales le saludaron

en el pasillo. Una de ellas sonrió.

Shanie le recibió con los brazos abiertos. Estaba ataviada con una camisa corta y vaporosa, muy provocativa.

— ¿Qué te sucede, mi amor? ¿Qué te ha dicho el viejo?

Él se desasió del abrazo y miró a Shanie a los ojos.

— Me ha dado un plazo de siete días para que active a «Henry».

— ¡Laird está loco! ¿Qué pretende?

— Deshacerse de mí. Sé que es cosa de Judith. Si no logro animar a «Henry», me enviará al frente.

— ¡No tiene derecho a hacerte esto! ¡Iré a verle y le diré...!

— Tú no irás a ver a nadie, Shanie. Esto es asunto mío — contestó Luis, muy serio.

— ¿Qué piensas hacer, pues?

— Nada—-dijo Luis, sentándose en la butaca y cruzando las piernas—. Me quedaré aquí todo el tiempo. Es mi única respuesta... ¡«Henry» no reaccionará por mi mano! ¡Que me envíen a la guerra, si quieren!

— Pero... ¡Eso es inaudito! ¡Él no puede hacerte eso! ¡No es nadie para...! ¡Desde luego, Judith tiene la culpa de todo! ¡La iré a ver y va a escucharme esa...!

Shanie dio media vuelta, para dirigirse a la salida.

Luis se puso en pie de un salto y la sujetó por un brazo.

— ¡Quieta aquí; no quiero que te metas en esto!

— ¿Crees que voy a consentir que ese viejo loco resentido te haga matar? ¡Te equivocas, Luis! ¡Antes de permitir eso, soy capaz de aplastar a Judith y a su padre! ¿Qué me importa la vida sin ti?

— Habrás de acostumbrarte, Shanie. Para empezar, voy a declararme en huelga. Tanto me importa que me fusilen como que me envíen a la guerra. Para el caso es lo mismo.

»Y me quedaré aquí contigo, porque mi esposa no me deja entrar en mi alojamiento. Quiero que conste bien todo esto. Ella ha provocado la situación. Su padre la ha apoyado. Nuestro trabajo fracasará ineludiblemente y este Centro será disuelto, como dijo el general Freeman.

«Entonces, todo habrá terminado. Ni siquiera vosotras podréis elegir otro puesto. Se os enviará a la lucha también. Y de todo tendrá la culpa Judith.

—Sí, pero... Escucha, Luis, ¿crees que podemos animar a «Henry»?

— No. Yo no lo haré.

— ¿Quieres que lo intente yo? Fala se encuentra casi restablecida. Ella puede ayudarme.

— Vosotras podéis hacer lo que es os antoje. Yo he sido ofendido y conminado y, en tales condiciones, no colaboraré ni un segundo más.

Hubo una pausa de silencio entre ambos. Luis se sentó y Shanie fue al armario y tomó su mono gris. Con él en la mano, pasó al cuarto de baño, pero no cerró la puerta.

— Podemos llamar al inspector Rooger… Tal vez Laird sea retirado… Si alguien puede hacer algo con «Henry», somos nosotros y no él. Puedo tratar de convencer a Rooger.

— Es inútil, Shanie. No moveré ni un dedo.

— Pero tenemos alguna posibilidad… ¡Y si nos envían a todos a la guerra…!

— ¡No me importa!

— ¡A ti no te importa, pero a mí sí, Luis! ¡Y no me quedaré cruzada de brazos! ¿Qué es lo que quieres? ¿Que venga Judith a pedirte perdón?

— No.

— Si no quieres pensar en ti, piensa en los demás… ¡Piensa en la Humanidad, a la que tanto podemos ayudar si ponemos a «Henry» en movimiento!

— ¿Piensa la Humanidad en mí? — exclamó Luis —. Cada uno piensa en su propio egoísmo. ¿Y qué me importa si todo se derrumba? ¡Una vez muerto yo, que se mueran los demás también!

Shanie salió del cuarto de baño ataviada con el mono gris. Su expresión no era, precisamente, la de una mujer ávida de caricias y ternuras. Parecía acusar a su amante con la mirada.

— Eso no es justo, Luis.

— ¡No me importa! ¡Ve tú y activa a «Henry»! ¡Y dejadme todos en paz! ¡Prefiero no ver a nadie!

Shanie se dirigió a la puerta, la abrió y salió. No estaba decidida a permanecer cruzada de brazos, ni mucho menos…

CAPÍTULO VI

El coronel Laird cumplió su palabra. Al octavo día, dos soldados armados de rifles desintegrantes se presentaron en «Intraterris» y rogaron a Luis de Sada que les acompañase.

Luis había permanecido toda la semana en el alojamiento de Shanie, limitándose a comer cuando alguna de sus compañeras le traía la comida. Shanie y Fala habían permanecido todo el tiempo en el Laboratorio de Biología, tratando de animar a «Henry».

Ni Judith, ni su padre, aparecieron cuando los dos soldados condujeron a Luis hacia el ascensor magnético. Sin embargo, casi todas las oficiales biólogos estaban en la sala, en silencio.

Sin embargo, Shanie no se encontraba allí. Pero Fala Richer se adelantó, interponiéndose ante los soldados.

— ¿Puedo despedirme de él? — preguntó con voz emocionada.

— Tenemos poco tiempo — contestó uno de los soldados—. Si es sólo un instante... El tren pasará de un momento a otro.

Fala miró al inexpresivo Luis.

— Le siento, Luis... Estoy arrepentida de lo que hice... Estoy muy cansada. Shanie y yo hemos hecho lo imposible. Ahora... todo se habrá perdido... No quisiera que me guardaras rencor, Luis.

— Está todo olvidado, Fala. Adiós.

— Adiós, Luis. Que tengas mucha suerte.

— Lo mismo os digo.

Fala le tendió la mano y él se la estrechó con fuerza. En los ojos de ella aparecieron las lágrimas.

Luego, los dos soldados se llevaron a Luis. Penetraron en el ascensor magnético con él y desaparecieron de la vista de todas.

No hicieron más que bajar al andén cuando llegó el tren, que se detuvo el tiempo suficiente para recogerlos. El jefe del convoy exigió la hoja de ruta, de la que tomó copia. Comprobó la identidad de los tres hombres y luego les acompañó al pequeño departamento.

— Os avisaré cuando lleguemos a la Base 238 — dijo el jefe del convoy.

Luis dejó su equipaje en la caja del asiento que le correspondió. Al sentarse vio que frente a él iba una muchacha, oficial de comunicaciones. No era mal parecida, de labios gruesos y sensuales, busto prominente y cabello corto, que se cubría con un gorrito gris. La

acompañaban otros dos soldados armados.

La escolta de Luis y la de la oficial femenino pronto entraron en conversación. Eran fuerzas de la misma unidad de policía militar. Y Luis supo que la teniente Elga Sarrel iba detenida a comparecer ante un juez militar.

La joven estaba muy seria. Sin embargo, aceptó un cigarrillo sintético que le dio su guardián de la izquierda, quien ofreció otro a Luis.

— Gracias, no fumo — contestó Luis.

— Yo tampoco fumaba — habló la mujer—. Pero el destino que me dieron era intolerable y opté por fumar... ¡Me alegro de que me hayan sacado de allí!

— ¿Viene de alguna estación férrea?

— No. De la Central de Comunicaciones de Amarán. Yo era la única mujer entre ciento veinte hombres.

Luis amagó una sonrisa triste. La analogía de su caso con el de aquella muchacha le sorprendió.

— ¿Salió harta de todos?

— ¡Tanto que prefiero más ir a África a morir que permanecer un minuto más allá! — masculló ella, lanzando una bocanada de humo hacia Luis—. ¡Odio a todos los hombres! ¡Los haría matar!

— De eso se encargan los *snow-men* — habló un guardián de la muchacha—. Es curioso. Nadie está contento con su suerte... Ella, por muchos hombres a su alrededor, y él, por muchas mujeres.

— Vivimos en un mundo desquiciado por la guerra— observó Luis—. Yo no estaba harto de mis compañeras. Fue otra razón... Lo siento, teniente. Pero su caso no tiene solución. Existen muchas más mujeres que hombres. Y a donde la llevarán ahora, a no dudar, se encontrará con tantos hombres como tenía en la Central de Comunicaciones.

— ¡Sé que voy a que me maten! —exclamó ella fieramente— ¡Y moriré cuanto antes mejor!

— Es una lástima — observó uno de los guardianes de Luis — ¡Una verdadera lástima, porque estás muy bien!

El gesto de Elga Sarrel fue fulminante. Su mano hendió el aire y golpeó al soldado en la mejilla, haciendo que éste, sorprendido, lanzase un juramento y se pusiera en pie, con ánimo de devolver el golpe.

Sin embargo, la rápida intervención de Luis y los guardianes de ella impidieron una pelea entre detenida y soldado.

— ¡No tiene derecho a ofenderme!

— ¡No la he, ofendido!

— ¡Basta, dejémoslo! ¡Bastante tiene con lo que le caerá!

El soldado agredido se sentó refunfuñando y permaneció largo rato callado. Luis y Elga, por el contrario, siguieron hablando de temas sin importancia.

Ella fumaba sin cesar, muy nerviosa. Confesó que estaba asustada.

— Tengo miedo, teniente. Sé que voy a morir pronto.

— ¡Vamos, no piense en eso! Pueden enviarla a otro destino. Quizás cambie su suerte.

— ¡Claro que cambiará mi suerte! ¡Al menos habré perdido de vista aquellos salvajes insaciables! ¡Yo no era para ellos una compañera de servicio, sino el capricho de todos! ¡Y una puede ser condescendiente, pero no hasta la bestialidad!

— Por favor — rogó Luis —, no es necesario que me lo explique.

— Usted me inspira confianza. ¿Cuál es su nombre?

Luis se lo dijo y ella le dijo el suyo.

— Pueden que nos manden juntos a la lucha— apuntó Elga.

— No lo sé. Podría ser.

— Me gustaría ir con usted. Me parece una buena persona.

Luis sonrió y no contestó.

— ¿Cuál es su especialidad?

— Bioquímica... Algo así como medicina sintética— aclaró él.

— ¿Es médico?

— No de los que curan enfermos. Mi trabajo es la investigación biológica. Me especialicé en seres humanos artificiales.

Elga arqueó las cejas. También los cuatro guardianes prestaron atención.

— ¿Hay seres humanos artificiales? — preguntó uno.

— Nuestro trabajo es secreto. Pero si me han de matar los que tanto parecían esperar de mí, ¿para qué guardar silencio? — Luis estaba decepcionado también de la vida, de la guerra, de la situación y de lo ocurrido, no sabiendo exactamente si culpar a los demás, empezando por Fala Richer, Judith y Shanie, o culparse a sí mismo—. De todas formas, no hemos tenido éxito. O sea que no existen los hombres artificiales.

— ¿Trataba usted de hacerlos?

— Lo he hecho. Está en «Intraterris», al parecer, de carne y hueso — Luis explicó en términos generales todo lo que había

realizado, tanto en la Academia de Capacitación como en todos los lugares que había estado, para terminar—: y lo conseguimos. Allí está, inmóvil, entero, a falta de ese «soplo de vida» necesario para que sea exactamente igual que nosotros.

— ¡No, nosotras no obstaculizaríamos esa importante labor! —dijo ella, con calor—. Eso es muy importante… ¡Si se pudieran hacer millones de seres humanos!

— Se puede hacer, ¡claro que sí! —repuso Luis—. Pero en otras condiciones. Y lo harán, no le quepa duda. El trabajo está hecho. Sólo falta perfeccionarlo.

Y cuando sea perfecto, se podrá hacer la fabricación en serie.

— ¿Por qué lo dejó? — insistió Elga.

— El coronel Laird me dio un plazo muy corto. Fue un ultimátum. Yo no podía aceptarlo. Era mi mujer quien le presionaba. Estoy esperando un hijo, y mi esposa…

— ¡No tiene excusa, teniente de Sada! —exclamó Elga—. Ni un hijo, ni mi esposo, ni todas las vejaciones del mundo me harían abandonar un trabajo que puede ser tan importante para la Humanidad.

Luis miró a Elga Sarrel y no contestó.

* * *

El juez militar parecía estar ebrio. Seguramente llevaba una semana entera allí, sentado detrás de su mesa atiborrada de papeles, escuchando o leyendo informes. Era como un robot inagotable, pero limitado por los exiguos recursos humanos.

Luis había esperado diez horas, en la sala de los detenidos. Había más de mil quinientos. Pero cuando los jueces solucionaban cien casos, se presentaban otros doscientos más. Aquello era interminable. De todas partes del mundo subterráneo llegaban detenidos, prófugos, desertores, rebeldes, obreros que no cumplían su horario, técnicos acusados de saboteadores, infelices que no habían cumplido su deber, etc. Muchos casos eran semejantes, otros eran nuevos.

El juez, empero, consideró a Luis como a un rebelde, juzgando del informe que tenía delante.

— Oficial de biología que se niega a colaborar, ¿eh? Es raro. Un biólogo no suele ser tonto… ¿Tengo yo cara de tonto, teniente?

Luis no replicó, manteniéndose en posición de firmes.

— ¿Ah, casado? No está en sus cabales… Debería enviarle a un hospital psiquiátrico, pero necesitamos hombres para la guerra… ¡Muchos hombres! Y se están mandando a niños, mientras que

personas inteligentes como usted pierden el tiempo en laboratorios... ¡Y casado! Es asombroso, teniente de Sada... No me entra en la cabeza. ¿Qué hago con usted? ¿Quiere decírmelo?

— Haga lo que le dicte su conciencia. Yo sí lo haría — fue la respuesta de Luis.

— Mi conciencia me dice que le envíe a luchar. Es usted apto. — Y diciendo esto, el juez estampó un sello sobre los documentos que tenía ante él—. Lleváoslo.

La escolta condujo a Luis hasta una puerta, al extremo de un pasillo, donde un oficial de mayor graduación que él se hizo cargo de la documentación que le entregó uno de los guardias.

— Nave ocho — dijo aquel hombre.

Y uno de la guardia del portón metálico llevó a Luis a una gran nave, donde había más de quinientas literas de dos pisos. Allí se hallaban soldados y oficiales de todas las edades. Unos venían de hospitales, otros de puestos de trabajo, pero la mayoría eran novatos, jóvenes entre los diecisiete y los veinte años.

— Grupo cero — informó el acompañante de Luis al encargado de la nave.

Este oficial estaba sentado detrás de una mesa. Tenía una lívida cicatriz en la cara, lo que indicaba que había salido recientemente de algún hospital.

— Nombre — dijo, examinando los papeles de Luis.

— Teniente Luis de Sada.

— ¡Soldado Luis de Sada! —exclamó el oficial—. Aquí no hay más oficial que yo... Soy el capitán Zaton.

— Sí, señor.

—Ocupará la litera 236. Búsquela. Y léase el reglamento. En el tablero de órdenes lo encontrará. Luego no alegue ignorancia.

La nave no estaba completa, según pudo comprobar Luis. Pero se llenó en tres días. Al cuarto, les hicieron formar a todos en el centro. El capitán Zaton les espetó un breve discurso, y luego, en formación, salieron todos, llevando consigo sus equipajes.

Les condujeron directamente a la estación del monorraíl. Allí, subieron en un tren, colocándose ciento cincuenta hombres en cada vagón, lo que hacía que nadie pudiera mover ni un pie, encajonados como estaban unos con otros, como si fuesen borregos.

El viaje duró ocho horas, lo que significaba que habían recorrido una considerable distancia. Cuando descendieron del tren, muchos no podían moverse.

Desde la estación los hicieron marchar hasta una gran caverna, en

donde se les organizó por patrullas y pelotones. Y, por vez primera, les asignaron un oficial por cada grupo.

Luis recibió una sorpresa al ver al teniente que le habían asignado a su pelotón: era uno de los jóvenes oficiales que se graduaron con él en la Academia militar.

— ¡Luis de Sada! —exclamó aquel hombre al verlo—. ¿Qué haces aquí?

— Billy Brown.

Los demás miembros del pelotón se extrañaron que Luis pudiera tener amistad con el teniente. Pero éste tomó a Luis del brazo y se lo llevó aparte.

— ¿Qué te ha ocurrido? Tú eras un cadete brillante.

Luis narró su historia y el teniente Brown le escuchó en silencio. Al concluir el degradado, el otro sacudió la cabeza:

— Lo siento mucho, Luis. Aquí nos encontramos otra vez. Acabo de venir de la Escuela de Guerra. Ahora es el momento de poner en práctica todo lo que hemos aprendido... ¡De aquí vamos a luchar! Todavía no sé dónde, pero supongo que iremos a contener al enemigo, que se está filtrando en nuestro subsuelo.

— No te preocupes por mí. Cumpliré con mi deber.

— Tengo facultad para nombrar suboficiales de pelotón. Serás mi inmediato superior. Y correremos la misma suerte. De momento, hay que adiestrarse en armas desintegrantes. Somos tropas de asalto.

Luis no se inmutó.

— Lo suponía. Estoy a tus órdenes, Billy.

— Ánimo, Luis. Sólo se muere una vez. Si logramos llevarnos por delante unos cuantos olfiseos, habremos cumplido con nuestro deber.

— Te aseguro que moriré matando.

— Bravo. Así me gusta, que seas animoso. Ahora, vamos a ver si organizamos una buena sección.

Siguieron dos semanas de intenso adiestramiento con las armas que les fueron entregadas. Les enseñaron tácticas de ataque subterráneo, a moverse como topos, a excavar, a respirar con válvulas de emergencia, debido a los ataques con gases, a las inundaciones subterráneas y otros percances de la lucha bajo tierra, así como a manejar las perforadoras individuales o palas de excavación, para las que había que tener brazo fuerte y corazón animoso.

Durante los ejercicios, Luis penetró más de cien metros en la tierra, horadándola con la perforadora y reptando tras el avance de la máquina. La tierra revuelta caía a su espalda, obstruyendo el túnel

practicado. Para regresar, era preciso girar en círculo y buscar el mismo trayecto.

En caso de avería de la máquina, Luis podía darse por muerto a las tres horas, si no era rescatado a tiempo. La radio-sonda era una gran ayuda. El cable quedaba tendido detrás de él y el enlace recibía el mensaje cifrado, enviando inmediatamente una perforadora gigante en su búsqueda.

Lo que había ocurrido con frecuencia era encontrar un río subterráneo o una bolsa de petróleo. En estos casos, los perforadores eran triturados por la presión del líquido.

Y en combate, con mucha frecuencia ocurría que los atacantes encontraban túneles practicados por el enemigo. Si éste se hallaba al acecho, avisado por el ruido de la perforadora, el encuentro era fatal y sangriento. Las armas desintegrantes funcionaban y la muerte iba unida a la sepultura. No había necesidad de enterrar a nadie.

Otras veces el suelo cedía, hundiéndose hombre y máquina, para caer en galerías inferiores, que solían estar vigiladas por el enemigo. Si uno no era rápido de reflejos su suerte estaba echada.

Todo esto aprendió Luis en pocas semanas, juntamente con los hombres de su pelotón.

Y al fin llegó el momento de partir. Nadie sabía cuál era su destino. Iban a morir en un subsuelo desconocido. Sólo el «W.H.C.» conocía los lugares donde se atacaba.

Les llevaron en tren. Y poco antes de llegar a su destino, pudieron escuchar los sordos truenos subterráneos producidos por las explosiones.

El tren se detuvo, porque el túnel se había desplomado, sepultando las vías. Sin embargo, los zapadores habían practicado numerosos túneles que se extendían en todas direcciones.

Allí, Billy Brown ordenó encender las linternas individuales y colocárselas en el pecho. Luego, agrupó a sus hombres a la entrada de un ancho túnel, mientras iba a recibir órdenes al puesto de mando.

Regresó poco después, cariacontecido.

— Entraremos por aquí hasta la bifurcación «D». Desde allí avanzaremos hacia el sur. Hay perforadoras esperándonos.

La tierra temblaba y del techo de las grutas se desprendía tierra y polvo sueltos. Los ánimos estaban tensos. Aquello era el frente.

Al avanzar por el túnel, vieron cuerpos hacinados a un lado, sin cubrir. Había muchos soldados muertos, horriblemente quemados y mutilados. Y pudieron ver, por vez primera, algunos hocicudos *snowmen*, de piel lechosa, también muertos. El número de muertos propios

eran muy superior al de enemigos.

— Aquí se luchó ayer — dijo Billy Brown, que empuñaba su desintegrador con firmeza—. El enemigo irrumpió por uno de los túneles en que vamos a penetrar nosotros. Se le pudo rechazar sacrificando muchos hombres.

El aire de las galerías estaba cargado de un olor inmundo, mezcla de azufre, humo y falta de oxígeno. Billy Brown consultaba su indicador atmosférico. Si notaba enrarecimiento o gas, debía ordenar ponerse las máscaras.

Pero el aire parecía ser aún respirable.

De pronto, un intenso ruido subterráneo le hizo detenerse. Al fondo de la galería se oyeron gritos espantosos.

— ¡Atrás, aprisa! —aulló Brown. Intuyendo lo que ocurría.

Pero no tuvieron tiempo de retroceder ni diez metros. Una tromba de agua negra los engulló a los pocos minutos, lanzándolos violentamente unos contra otros en confuso desorden.

El enemigo había provocado una inundación de los túneles. Existía poca defensa contra aquella clase de ataque.

Y Luis apenas si tuvo tiempo de colocarse la máscara de oxígeno, antes de ser lanzado despiadadamente hacia el lugar del que procedían.

En unos minutos, todo el túnel quedó anegado de agua, en la que se agitaban desesperadamente los cuerpos vivos...

CAPÍTULO VII

El agua ascendió vertiginosamente por el túnel vertical. Luis sintió la pared de aquella chimenea desgarrar sus ropas y sus carnes, macerarle la espalda y casi hacerle perder el conocimiento.

Luego, el agua se vertió en otro gran túnel o caverna... ¡Y entre las brumas de su mente, vio los uniformes negros y las capuchas antiradiactivas de los soldados olfiseos!

No fue él solo quien emergió allí. Otros soldados de su compañía corrieron idéntica suerte. Y todos fueron hechos prisioneros.

Manos enguantadas les sujetaron, obligándoles a ponerse en pie.

Sólo uno, que se había ahogado, quedó allí, sobre el suelo encharcado.

Luis comprendió lo ocurrido.

Los olfiseos habían inundado la galería inferior por donde avanzaban ellos. El torrente de agua los arrastró a todos. Pero como la presión líquida procedía de un nivel superior, al hallar una salida vertical, lanzó por allí a los hombres hacia arriba.

Y ocurrió que, al verterse el agua en la caverna superior, allí estaban los *snow-men*, que se encargaron de desarmarlos y recogerlos, llevándoles hacia una rampa. En un gran túnel había una docena de Vehículos blindados de negro acero.

Estos carros se movían por suspensión de aire y se necesitaba una fuerza desintegrante muy poderosa para fundir su coraza. El enemigo utilizó una reducida cabina de su interior para transportar en ella a diez o doce prisioneros. Allí, encajonados como reses Luis vivió unas angustiosas horas de infierno.

Al fin, los sacaron de los blindados y los hicieron penetrar en una alta galería sin salida, donde había millares de prisioneros.

Un sistema de cinco rejas metálicas separaba a los cautivos de sus captores. Y aquellas puertas se abrían sólo hacia adentro. Detrás de la primera verja tenían los olfiseos el control de clasificación. Un oficial de rostro y manos blandas, que hablaba perfectamente inglés, realizaba los interrogatorios y examinaba las placas de identidad.

A su lado se encontraban soldados enemigos, horribles, armados con una especie de fusiles vibratorios, paralizantes y desintegradores.

— Soldado Luis de Sada... ¡Ah, tu placa es nueva! ¿Dónde has estado antes? No has hecho más que llegar.

Pese a la aversión que le producían las hocicudas facciones del oficial enemigo, Luis sintió admiración hacia él. Seres habituados a expresarse por medio de la transmisión de pensamiento, y que podía estar leyendo sus ideas, habían aprendido la lengua universal terrestre, y posiblemente, sabría hablar otras lenguas terrestres.

— He sido oficial de Biología.

— ¡Ah! —Los pequeños e inexpresivos ojos del oficial olfiseo se adelantaron, fijándose en los de Luis —. Un científico... No vienen muchos por aquí... Ponte a un lado. Luego hablaremos.

Los otros soldados pasaron la inspección. Luego, se les condujo a la verja siguiente, donde fueron sometidos a un reconocimiento y a una fumigación inexplicable.

Cuando todos hubieron sido internados, el oficial olfiseo se levantó de su mesa e indicó a Luis que le siguiera. Salieron de la verja, subieron a un vehículo blanco y aerodinámico, que parecía funcionar

a distancia o automáticamente, y Luis fue conducido a una base militar próxima e introducido en un pasillo rectangular, forrado de planchas metálicas.

Poco después, le hacían pasar a una estancia donde había extrañas máquinas y varios olfiseos, de distinto uniforme que el guía. Éste miró a los otros, hizo algunos gestos y sus mentes hicieron el resto. Luego, tras dejar dos centinelas armados en la puerta, se retiró.

Uno de los hombres que había allí hablaba también inglés.

— Siéntese, por favor, teniente de Sada.

— ¿Qué quieren de mí? — preguntó Luis—. Debo ser tratado como a los demás prisioneros.

— No, perdón. Usted no es igual que los demás... Todo lo que encontramos en los túneles es carne de desintegrador. Usted es un hombre de ciencia. Y nos interesa el estado actual de la ciencia terrestre... Me han dicho que es usted biólogo... No puede negarse a responder... Tenemos medios para registrar su mente.

Los dos ojillos del olfiseo miraban intensamente a Luis. Y éste sintió que le embargaba un ligero aturdimiento. Se sentó por temor a caer.

Luego, sus ojos se cerraron y la oscuridad se hizo en su mente.

* * *

Al abrir los ojos se encontró en otro lugar. Ahora, otro olfiseo estaba frente a él. La estancia, empero, estaba completamente desnuda. Sólo había dos sillas, y eran las que ocupaban ambos sujetos.

— Soy Fekek Ed Alhir, doctor en biología. Aunque pertenecemos a mundos distintos, ambos trabajamos en lo mismo... Reprocho a sus superiores el haberle enviado a usted aquí. Debieron imaginar que si le capturábamos vivo, todos sus conocimientos pasarían a nuestro poder...

¡Hasta aquel momento no se dio cuenta Luis de que el olfiseo no le estaba hablando, sino transmitiéndole su pensamiento!

— Es muy interesante lo que estaba usted haciendo. Mucho. Nosotros pensamos, hace tiempo, hacer algo igual. Pero no logramos el éxito. Ahora se nos ocurre que, uniendo sus conocimientos a los nuestros, posiblemente podamos crear seres vivientes artificiales. ¿Quiere usted colaborar con nosotros, teniente De Sada?

— No — replicó Luis dignamente.

— Podemos obligarle y su situación sería penosa. En cambio, si se presta libremente, gozará usted de privilegios especiales. Incluso podrá gozar de libertad entre nosotros. No será un prisionero, sino un

huésped.

— Si pueden obtener de mi mente lo que desean, ¿para qué me conceden privilegios? — preguntó Luis.

— Es fácil de explicar — contestó mentalmente el doctor Fekek Ed Alhir, haciendo una mueca con su hocicuda y desagradable boca —. El proceso sería más lento y enojoso. Hay recodos en la mente de ustedes que todavía no hemos alcanzado.

«Usted debe saber que esta guerra, tarde o temprano, la ganaremos nosotros. Estamos ocupando su mundo desde hace tiempo. Su Alto Mando sólo informa de lo que le conviene. Pero las ciudades subterráneas que ocupan ustedes cada vez son menos.

«Nosotros no tenemos prisa. Diez o cien años no nos importan. Este planeta será nuestro. Y cuando lo hayamos dominado, caerán todos los demás del Sistema. Es lógico.

»Su raza está sentenciada. Ha de desaparecer. Más nosotros no queremos que desaparezca también su civilización. Dejaremos unos miles de terrestres, en lugares adecuados y climatizados.

— ¿Cómo es que podemos respirar la misma atmósfera?— preguntó Luis.

— Usted y yo estamos separados por un muro transparente. Sin embargo, nos sometemos a un tratamiento especial y podemos respirar la ponzoñosa atmósfera de ustedes durante algunos días. Eso emplean en el lugar donde estaba usted. Allí se hace en atención a los prisioneros.

«Hemos comprobado lo útiles que son para canjes. El «W.H.C.» nos intercambia soldados de vez en cuando. Pero dejemos esos detalles. Nosotros somos científicos. Es muy interesante lo que hemos averiguado de usted... ¡Han conseguido crear un hombre artificial! Y eso nos impresiona. Claro que las fórmulas de su mente no coinciden con las nuestras. Se trata de, a cambio de su colaboración, darle privilegios extraordinarios. Vivirá usted bien con nosotros, se lo aseguro. Le daremos un alojamiento, sirvientes terrícolas, alimentos especiales...

— Me niego.

— Eso no cambia las cosas. Usted se niega y nosotros podemos obligarle a colaborar.

— Si me obligan, por algún medio, no seré yo el culpable. Supongo que deben tener procedimientos paira dominarme.

— Los tenemos. Una sencilla inyección intramuscular y asunto solucionado. Pero yo no quería eso. Bien

— Fekek Ed Alhir se puso en pie.

Luis sintió que su mente se oscurecía de nuevo. Aquellos seres tenían la capacidad de aletargarle por medio de la transmisión de pensamiento.

* * *

AI recobrar de nuevo la lucidez mental, Luis se encontró sentado en una silla de plástico. Varios olfiseos se hallaban junto a él. Llevaban curiosos uniformes plateados y le miraban con sus extraños ojos de amplia visión.

— ¿Cómo se encuentra? — le preguntó uno de ellos mentalmente.

— Estoy como mareado.

— Eso le pasará... Trate de levantarse, por favor.

Luis se puso en pie, sintiendo un ligero temblor de piernas.

— ¿Qué tal ahora?

Luis no podía saber cuál de los olfiseos le hablaba. Podía ser uno o todos.

Él miró al que tenía delante.

— ¿Qué me han hecho?

— Inyectarle. Necesitamos su colaboración, teniente de Sada.

— Sí, lo sé.

— Vamos a pasar a nuestros laboratorios. Sabemos que usted no pudo ensayar con seres humanos vivos. Su idea primitiva era la de estudiar la creación de organismos humanos artificiales, partiendo de un profundo examen del ser vivo.

»Sus jefes le prohibieron hacer experiencias con seres vivos. Necesitaban a todos. Y fue un error. Han muerto muchos hombres en esta guerra. Podían haberle dejado a alguien...

— ¿Quién les ha dicho eso? ¡No es cierto! Yo estudié el cuerpo humano lo suficiente para poder crear un hombre — exclamó Luis.

Uno de aquellos extraterrestres efectuó lo que Luis interpretó como una sonrisa.

— Usted no pudo crear nada. Lo sabemos. Pero no se preocupe. A nosotros nos sobran seres humanos. Tenemos dispuestos todos los que sean necesarios y vamos a eliminarlos de modos distintos. Queremos que usted les devuelva la vida, partiendo de la síntesis artificial. El problema que usted tiene es de animación.

— ¿Van ustedes a matar a los prisioneros y quieren que yo los reviva?

— Sólo en plan experimental. Queremos estudiar ciertos

aspectos de su reintegración vital. Podríamos crear un cuerpo humano y ayudarle en su trabajo. Pero es más fácil obtener un resultado positivo con cuerpos que ya han vivido. Eso no es inicuo, ya que va a devolver la vida a semejantes suyos.

— ¿A los que ustedes van a matar previamente?

— ¿Prefiere usted alguien que ya esté muerto?

— Soy biólogo, no necrólogo.

Los olfiseos callaron durante unos minutos. Se miraron. Luis dedujo que estaban «dialogando mentalmente» entre sí. Después, salieron todos menos dos.

— Escuche, teniente de Sada. Usted hará lo que le digamos, porque está condicionado a la obediencia. Eso no es traición a su raza. No puede negarse a colaborar con nosotros. Y tampoco queremos perder el tiempo.

»Por ello, sométase voluntariamente y todo será mejor. Ahora, irá usted al campo de prisioneros y elegirá una docena entre los que, a su juicio, puedan servirnos. Los congelaremos totalmente, paralizando sus funciones físicas y psíquicas. Luego usted los reanimará.

— ¿Con qué objeto? Además, ¿tenemos aquí todo el material necesario para realizar este tipo de investigaciones?

— Sí. Poseemos laboratorios biológicos completos. Todo está preparado. Nosotros trabajamos en esas experiencias desde antes que ustedes. Incluso contamos con material que hemos capturado en las poblaciones ocupadas. Vamos a trabajar en colaboración... Será usted casi libre, pero le mantendremos siempre vigilado.

— ¿Dónde estamos?

— En Tual-mpor, a mil metros por debajo del antiguo Congo.

— Ah, creí que esto no era la Tierra.

Luis fue conducido al exterior, a una calle subterránea. Tropas olfiseas lo ocupaban todo. Rápidos vehículos de suspensión de aire se deslizaban sin ruido en todas direcciones.

Le acompañarían hasta uno de aquellos aparatos, conducidos a distancia. Era evidente que existía un control remoto de circulación, sobre vías establecidas. La salida y la llegada se realizaba matemáticamente.

El destino de Luis fue la enorme galería destinada a campo de prisioneros.

— Entrará usted libremente ahí y elegirá a doce cautivos. La guardia les dejará salir. Nosotros le esperamos aquí. No es conveniente entrar en ese hormiguero. Nos descuartizarían.

— ¿Y si no salgo? — preguntó Luis, sin saber la razón.

— Usted saldrá. Lo hemos condicionado. Elija los doce mejores cuerpos humanos vivos. Ya sabe lo que nos proponemos hacer. Para ellos será un privilegio. Se les reanimará y se les respetará la vida, quedando luego en los centros de aclimatación, cuando la guerra haya terminado.

Uno de los científicos habló con el oficial de la guardia principal. Y Luis atravesó después las cinco verjas, hasta encontrarse más allá de donde se hallaban las máquinas desintegradoras de los soldados olfiseos.

Era increíble el número de prisioneros que tenían allí encerrados. Se podía calcular en más de cincuenta mil. Disponían, sin embargo, de alojamientos excavados en los muros, medios higiénicos, cocinas y vestuarios. Eran prisioneros de guerra y no fieras.

Sin embargo, el furor de los cautivos se manifestaba con insultos dirigidos a sus captores a través de las rejas.

Muchas personas se acercaron a Luis, al verlo entrar, preguntándole de dónde venía. Él dio una explicación plausible, especialmente a los que fueron capturados junto con él, días antes.

Algunos le reconocieron.

— Tratan de hacer conmigo una experiencia — explicó Luis—. He venido a buscar a doce prisioneros.

Y necesito que me acompañen.

— ¿Doce de nosotros? ¿Para qué? — preguntó un oficial.

— Para realizar experiencias científicas. A cambio de su ayuda, se les dará la libertad.

La voz corrió entre los prisioneros y fue preciso imponer orden. Allí también existía una policía interior, nombrada por el puesto de mando del campamento. Y cuando Luis era conducido ante los jefes, un rostro de mujer surgió entre la gente.

— ¡Teniente de Sada!

Luis quedó asombrado al ver a la oficial de comunicaciones, Elga Sarrel, con su uniforme gris medio roto, manchada la cara, sucia y en condiciones deplorables.

— ¿Cómo llegaste aquí?

— Me hicieron prisionera, junto con toda mi unidad— habló ella.

— Ven conmigo, Elga. Voy a sacarte de este lugar.

Le costó a Luis abrirse camino entre la gran masa de cautivos que se arremolinaban en tomo a ellos, sospechando que ocurría algo importante. Los que le llevaban ante el jefe interior del campo se abrían paso a empujones. Pero Luis, que había agarrado a Elga de la

mano, no la soltó.

— ¿Puedes sacarme de aquí? — le preguntó ella, esperanzada —. ¿Cómo y para qué?

— Ya te lo explicaré... Luego...

El jefe terrestre del campo de prisioneros era un general, llamado Engers, alto, enérgico, que había sido capturado con todo su estado mayor, en un ataque subterráneo.

Estaba en un alojamiento que los prisioneros habían arreglado como puesto de mando o cuartel general. Y hasta tenían una mesa de piedra y sillas.

Luis compareció ante Engers, con su extraña pretensión.

— ¿Doce hombres para experimentación científica a favor del enemigo? ¿Está usted loco, teniente de Sada?

— No. Me han inyectado algo, señor. Yo me negué a colaborar... Pero necesitamos esos cobayas humanos... Piense que si logro concluir mi trabajo con éxito, la Humanidad podría conseguir soldados en número masivo.

— ¿Y cree usted que le van a dejar ellos regresar a su laboratorio para realizar la obra de locos que se propone? — preguntó Engers, extrañado.

— Yo no sé si me dejarán o no. Pero es importante que yo lo haga. Nadie sabe lo que puede pasar. Primero hemos de tener éxito. Luego... ¡Dios dirá!

Engers recapacitó unos instantes. Al final se decidió:

— Está bien. Doce personas más o menos, no van a ninguna parte. Elija a los que quiera y que se vayan con usted.

En la mente del general Engers bullía una idea.

— ¿Cree usted poder conseguir lo que se propone con ayuda de los olfiseos, teniente de Sada?

— No lo sé. Pero lo intentaré.

— De acuerdo, puede retirarse.

— Me llevaré, en primer lugar, a esta mujer — dijo Luis, señalando a Elga Sarrel.

— De acuerdo.

Cuando Luis hubo salido, Engers se volvió a uno de sus subalternos:

— Hay que informar al «W.H.C.», por medio del primer intercambio de prisioneros, de lo que se propone Luis de Sada. Sospecho que puede ser interesante que lo sepan en nuestro bando.

— Sí. Y si tenemos noticias de éxito, valdría la pena intentar el

rescate de ese biólogo, aunque se sacrifiquen cien mil hombres.

— ¿Tienes fe en él, Redeux?

— No lo sé... Tengo fe en la ciencia... ¿Imagina lo que significa poder crear hombres para la guerra en número masivo?

— Sí, el hombre es ahora más importante que las armas... Y nosotros estamos, casi aniquilados. ¡Quiera Dios que Luis de Sada logre, con ayuda de los olfiseos, lo que se propone!

Mientras, Luis abandonaba el campo de prisioneros con tres mujeres y nueve hombres. ¡Doce cobayas humanos para la muerte!

CAPÍTULO VIII

Fekek Ed Alhir era un sabio en su mundo. Luis lo supo a las pocas semanas de estar trabajando con él en uno de los más modernos laboratorios de biología de los olfiseos de la ciudad subterránea de Tual-mpor.

Primero se habían congelado seis cuerpos humanos: dos mujeres y cuatro hombres. Elga Sarrel y cinco hombres más aguardaban en alojamientos privilegiados, por expreso deseo de Luis, a que se realizasen las primeras pruebas.

Y Fekek Ed Alhir no se opuso. Él no era militar, sino científico. Además, también era comprensivo. Quería que Luis colaborase con ellos sin necesidad de inyectarle drogas de condicionamiento.

Y, por su parte, Luis quería ganarse la confianza de sus captores.

Su colaboración, parte por interés propio, parte por interés científico, se hizo espontánea, intercambiando impresiones con Fekek acerca de métodos y procedimientos biológicos, así como en la teoría de la síntesis artificial humana.

En primer lugar, los olfiseos congelaron a los seis prisioneros, eliminándoles la vida totalmente. Luego, Luis procedió, en el laboratorio, a reanimar a dos de ellos, devolviéndoles la existencia.

— Esto es sencillo. La función vital está anulada. Pero son seres naturales. La reactivación, partiendo del principio de animación artificial, es fácil. Otro problema es cuando se ha creado el cuerpo y es preciso darle vida.

— Si el cuerpo es artificial, pero exactamente igual al natural, la vida debe darse también — replicó Fekek Ed Alhir—. Sólo falta hallar el medio.

Y, cosa sorprendente, habría de ser Elga Sarrel quien diera la solución a Luis, una noche, mientras tomaban unos cordiales en el alojamiento de ella.

Elga explicaba a Luis lo que había observado en el eficiente medio de comunicación de los olfiseos.

— Es maravilloso el sistema de transporte. Tienen una estación central. Cada vehículo está provisto de un circuito de enlace. Antes de ponerse en marcha el coche, una célula individual registra el trayecto a seguir. Luego, la máquina lo dirige a distancia… ¡Y no es posible que ningún coche tropiece con otro!

— ¿Hay tantos vehículos como células fotoeléctricas tiene la máquina de control? —preguntó Luis.

— Exactamente — dijo Elga, que había sido oficial de comunicaciones.

¡Células controladas por una máquina computadora!

Esto era lo que, en realidad, hacía el cerebro humano: controlar todas las células del cuerpo. Una misma máquina podía inducir a los pies a moverse al mismo tiempo que las manos, los ojos, el oído, la boca.

— Hay coches que hacen largos recorridos — siguió diciendo Elga—. Las ondas eléctricas que emplean los olfiseos no son interceptadas ni siquiera por las grandes masas de tierra. Si el vehículo sufre un accidente, la máquina lo registra. Inmediatamente, técnicos y mecánicos acuden al lugar exacto a reparar la avería.

— ¡Las ondas nerviosas! —exclamó Luis—, ¡Millones de ondas neurales que controlan el cuerpo humano! ¡Impulsos eléctricos recorren el organismo en todos sentidos! ¡Nosotros sólo empleábamos impulsos dobles! ¡Claro, Elga!

Luis se había puesto en pie de un salto. Abrazó a Elga, que no pedía comprender aquella excitación, y acompañó a Luis a su propio alojamiento, donde había numerosos diseños de sistemas nerviosos humanos.

— ¡Mira esto, Elga! ¡Hemos estado ciegos! ¡Lo sabíamos y no podíamos comprenderlo! ¡Creíamos conocer todos los secretos del cerebro, menos el más importante!

»¡Aquí está la máquina computadora! —exclamó Luis, señalando el cerebro de su esquema principal —. De aquí surge la onda eléctrica que las células conducen a todos los extremos del cuerpo… Son

millones de ondas, millones de impulsos... ¡Así se compone un ser viviente y, por tanto, un ser artificial, debe ser igual!

— No entiendo. ¿Qué quieres decir?

— Igual que el sistema de comunicaciones de los olfiseos. Una máquina computadora principal, circuitos de control y movimiento... ¡Eso es la vida, Elga!

— ¿Y no lo sabías tú?

— ¡Claro que lo sabía, pero no habíamos caído! ¡«Henry» no podía reaccionar sin la suficiente energía mental! ¡Aquí está el secreto, amiga mía! Fuerza impulsora, o sea energía eléctrica, hasta todos los puntos del organismo, partiendo de la central del cerebro... ¡Y esa fuerza debe ser constante y recíproca: vida es energía y energía es vida!

»Hay que insuflar, pues, al cerebro, la energía suficiente para que sirva de motor a todo el organismo. El cuerpo funcionará mientras tenga energía. Y creará ideas... ¡Y será un ser humano completo, como tú y como yo!

* * *

Elga entró en el alojamiento del teniente Sullivan. Allí estaban reunidos todos, esperándola. Había ansiedad en sus rostros, tensión y expectación.

Al cerrar la puerta, Elga miró a los cinco hombres y dijo:

— Amigos míos, en nuestras manos está la salvación de nuestra raza. Alguien tiene que escapar de aquí. Todos hemos de intentarlo y alguien debe conseguirlo. No podemos perder más tiempo. Es preciso que el «W.H.C.» sepa que Tual-mpor alberga al hombre que tiene la clave de nuestra salvación.

»Luis de Sada acaba de crear una rata artificialmente, que se comporta exactamente igual que sus compañeras. Nuestros compañeros hibernados están todos vivos... ¡Y a dos de ellos se les ha trasplantado un cerebro artificial, con el que viven, aclimatándose a su «nueva» especie humana!

»A nosotros nos toca el turno ahora. Nos van a extirpar los cerebros. Nos van a trasplantar cerebros nuevos, artificiales, y vamos a vivir con otra personalidad. No es que me importe. Casi agradecería empezar a vivir de nuevo, sin recuerdos desagradables.

»Pero nuestro mundo está a punto de sucumbir. En nuestras manos está, pues, la salvación.

— ¿Qué hemos de hacer? — preguntó el teniente Sullivan, resuelto a todo.

— Seguir el plan de Luis. Es el más lógico. Él quiere escapar, pero teme un fracaso. Ahora goza de reputación. Ellos creen que colabora libremente y no le inyectan para que obedezca. Pero si intenta escapar y fracasa, todo se perderá.

»Él ha de continuar aquí. Nosotros, con órdenes concretas, hemos de hacer lo imposible para que el «W.H.C.» sepa la excepcional importancia que tiene Luis de Sada.

— Entiendo — dijo Sullivan—. Hay que rescatar a Luis de Sada empleando, si es preciso, a toda la raza humana.

— Exactamente. Tual-mpor ha de ser atacada de modo inesperado y rápido. Y Luis de Sada tiene que salir vivo de aquí y volver con los nuestros, aunque para ello tengamos que sacrificar cien millones de soldados.

— De acuerdo. ¿Tienes algún plan de fuga?

— Sí. Hemos de obtener perforadoras, armas, lo que sea. Hemos de trazar seis planes diferentes, para que alguno de resultado. Cada uno de nosotros ha de buscar un medio distinto y factible de regresar a nuestros túneles.

— Ni siquiera sabemos dónde se encuentran los nuestros — objetó- otro de los prisioneros.

— No importa. Yo conseguiré un traje olfiseo antirradiactivo, con capucha, y me esconderé en el primer convoy que vaya para los lugares de la lucha. Vosotros tenéis que buscar medios, los que sean. Y no podemos perder tiempo.

Escapar del lugar donde se encontraban ya era difícil. El edificio era un laboratorio. Y los alojamientos de los prisioneros estaban vigilados.

Sin embargo, el teniente Sullivan y otros tres lograron, en un ataque imprevisto, y súbito, inmovilizar a la guardia en una hora tranquila de la noche. Se apoderaron de uniformes enemigos y armas y luego salieron al exterior.

Seis odiseas distintas que terminaron en seis dramáticos fracasos. Ninguno de los conjurados logró su propósito. Sin embargo, Elga, huyendo de sus perseguidores, cuando fue descubierta la fuga, pudo confundirse con una expedición de dos mil prisioneros recién llegados, que esperaban ser interrogados e internados. Y les suplicó a ellos que el general Engers fuese informado.

Elga fue capturada y devuelta al laboratorio. Al día siguiente, ella y dos supervivientes más fueron aletargados y sus cerebros eliminados, pese a que Luis trató de oponerse decididamente, sobre todo en el caso de Elga.

Con cerebros artificiales nuevos, pasaron los tres a la clínica donde se recuperaban los otros seis sometidos anteriormente a experimentación. Ahora, ninguno de ellos se conocía.

Luis ignoraba lo que sus compañeros habían querido hacer. Precisamente para que no sospechasen nada los científicos olfiseos, no le dijeron nada a él. Se limitaron a decir:

— No queríamos ser eliminados y huimos.

Fue una suerte que les creyeran. Eran prisioneros y la posibilidad de huida les había tentado. De haberles sometido a examen mental, tal vez alguno habría delatado el plan.

Pero Fekek Ed Alhir tenía mucho trabajo. Estaba ocupado con sus investigaciones y no perdió tiempo con los prisioneros. Tres habían muerto, entre ellos Sullivan. Los otros ingresaron en la clínica.

Y, pese a las protestas de Luis, Elga fue convertida en una mujer distinta.

Aquella experiencia singular la vivió Luis de Sada, cuando, a los quince días, la nueva «Elga Sarrel» recobró la animación.

Fekek controló personalmente la grabación psíquica y mental que hizo Luis para la nueva personalidad de «Elga». Luego, él y Luis hablaron con ella.

La joven, con la cabeza vendada, yacía en una cama, sujetas las manos y los pies con bridas de metal flexible. Una recia cinta metálica también sujetaba su cuerpo.

— ¿Cómo se encuentra? — preguntó Luis, acercándose al lecho.

Ella le miró y le habló mentalmente:

— Hola, doctor de Sada... Me siento muy débil...

— Es natural — dijo él —. En unos cuantos días recobrará sus fuerzas. Luego le quitaremos esas bridas. Ahora conviene que no.se mueva... ¿Me entiende usted bien?

— Sí... Le entiendo — «Elga» hablaba ahora en inglés.

— ¿Quién es?

Ella volvió a responder mentalmente:

— Soy «D.Z.J.2», mujer de la nueva raza creada por los sabios olfiseos, provista de cerebro artificial y cuerpo humano. Sé que debo fidelidad a mis nuevos amos y que me destruiré antes de rebelarme contra mis creadores...

Luis sintió una punzada de vergüenza e indignidad. ¡Aquello era lo que quedaba de una mujer enérgica y valiente, que se había rebelado contra su propio destino!

— Habla muy bien — dijo Fekek, satisfecho—. Seguirás recibiendo influencia mental para adaptarte a tu nueva condición. Eres un ser en estudio aún. Sufrirás algunos cambios mentales sucesivamente, hasta ver el resultado definitivo. Tu cerebro es semiolfiseo y por eso puedes hablar mentalmente… En algo eres superior a nuestro amigo de Sada.

— El doctor de Sada es un hombre muy sabio, señor— dijo «Elga».

— Efectivamente. Serás amable con él. Tu cuerpo es humano, como el suyo. Y los humanos sois muy sociables. Si el doctor de Sada siente afecto hacia ti, debes corresponderle.

— Sí — contestó dócilmente «Elga» —. Seré afectuosa con él.

Luis sintió formársele un nudo en la garganta. Sentiría siempre una lástima profunda por aquella mujer, que ya no era como él. Pero no sería capaz de amarla. La ciencia les había separado para siempre.

En el peor de los casos, «D.Z.J.2» habría de ser eliminada, porque su verdadero cerebro había sido destruido ya. Era un producto de laboratorio, injertado a un cuerpo de mujer.

— Vamos a ver a los otros… Esto va muy bien, doctor de Sada. Presiento que Eckdek I le concederá audiencia y le otorgará el privilegio de ciudadanía olfisea. ¿No le importaría adquirir un aspecto como el nuestro, conservando su propio cerebro, Luis de Sada?

— Sería un alto honor — mintió Luis descaradamente.

— Habremos de estudiar esa posibilidad. Claro que su cerebro es humano y rudimentario. Pero realizando algún perfeccionamiento…

— Es lo que más ambiciono. Mis semejantes están condenados al exterminio.

* * *

Luis acudió a la llamada videofónica del profesor Fekek, dos de cuyos subalternos aguardaban a Luis ante la puerta del habitáculo de su jefe. Luis los conocía.

— ¿Qué ocurre? — preguntó—. El profesor Fekek me ha llamado…

— Sí, tiene una visita. Pero pase usted.

Luis entró y vio una mujer terrestre, con un sucio uniforme gris, sentada en una butaca, delante de Fekek.

Ella se volvió y el corazón le dio un sobresalto: ¡Era Shanie Holm en persona!

— ¡Luis! — exclamó Shanie, poniéndose en pie y corriendo a

los brazos de él.

— ¿Qué haces aquí? ¡Shanie! ¿Cómo es posible?

Fekek también se puso en pie, diciendo en inglés:

— Me la han traído del campo de prisioneros. Fue capturada e interrogada. El oficial pensó que nos podía ser útil. Me ha sorprendido que hubiese sido compañera de usted. —Y, mentalmente, Fekek añadió, dirigiéndose exclusivamente a Luis —. Esta mujer es la causante de todas sus desdichas, doctor de Sada. Si usted pudiera, como yo, leer su mente, no la abrazaría como a una amiga. Ella le mintió a usted, le engañó por celos y maldad y ahora está pensando cómo utilizarle a usted para beneficiarse ella.

Luis recibió aquella información sin inmutarse. Miró a Shanie, en cuyos ojos parecía transparentarse el temor.

— ¿Qué te sucedió?

— El coronel Laird consiguió echarme de «Intraterris»... Me odiaba... Fui juzgada y enviada a la lucha, como un simple soldado. Combatí en una horrible galería, cuyo techo se desplomó sobre todos nosotros, enterrándonos... ¡Oh, Luis, fue algo espantoso! ¿Sabes lo que es sentirse sepultada en vida?

— ¡Pobre Shanie! —exclamó Luis, acariciándole el sucio y rubio cabello—. ¿Cómo saliste de allí?

— Me sacaron ellos... Nos llevaron a un tanque y nos han traído a esta ciudad subterránea. Antes de ingresar en el campo de prisioneros, me interrogaron. El oficial olfiseo me hizo muchas preguntas y luego me separó de los demás, trayéndome aquí... ¡Qué alegría al saber que estás vivo y bien!

— ¿Y... mi esposa? — Luis hizo la pregunta que tanto le quemaba los labios.

— La llevaron al hospital... Tuviste un niño, Luis.

— ¿Un niño?

— Sí. Eso dijeron. Yo me fui de allí antes de que Judith volviera.

— ¿Todavía están trabajando en «Intraterris»?

— Creo que ya estará clausurado. El plazo dado por el general Freeman terminaba cuando la guardia vino a buscarme. Supongo que se los habrán llevado a todos.

Luis abatió la cabeza y fue a sentarse en una de las butacas de Fekek.

— He tenido un hijo al que no conozco — dijo.

— No se aflija, doctor de Sada. Puede que pronto logre ver a

su hijo. Nuestros avances hacia Europa son rápidos. Ayer me informaron que se ataca también por la superficie. Hemos recibido grandes refuerzos. La guerra puede terminar de un momento a otro. Se han enviado mensajes de rendición incondicional

«Ahora, voy a dejarles a ustedes solos. Supongo que tendrán muchas cosas que decirse. Haré una visita a nuestros pacientes, doctor de Sada. Regresaré dentro de una hora.

Fekek Ed Alhir sonrió — con su mueca hocicuda horrible, a la que Luis ya estaba acostumbrado — y salió, cerrando la puerta a su espalda.

— ¡No puedes imaginarte la gran alegría que he tenido al saber que estás bien, Luis! —exclamó entonces Shanie, sentándose junto a él y pretendiendo tomarle las manos.

— Lo supongo, Shanie — contestó Luis—. Pero no te hagas ilusiones. Si existió algo entre tú y yo, aquello pertenece a otra época.

— ¿Qué quieres decir?

— Voy a ser claro, Shanie. Yo quiero a Judith... Por razones que conoces muy bien, ella me apartó de su lado. Tú supiste aprovechar la ocasión y obtener de mí lo que, en otras circunstancias, no habrías logrado.

«Mi único interés es la ciencia. Aquí he conseguido adelantos importantes. Lástima no poder regresar a «Intraterris» ahora. Sería la salvación.

«Los olfiseos supieron quién era yo y me trajeron aquí. Me han ayudado y yo les he ayudado a ellos. Pero tengo la solución al problema. ¿Comprendes? ¡«Henry» podría vivir!

— ¡No!

— Estoy convencido. Han ocurrido cosas importantes...

— ¿Y no puedes ayudarme? Yo puedo colaborar contigo.

— Aquí le escudriñan a uno hasta el pensamiento, Shanie. Olvida todo lo que pasó. Trataré de conseguir que te quedes aquí. No sé si lo lograré, porque Fekek está predispuesto en contra tuya... A él no le puedes mentir. Pero, recuérdalo bien, ¡entre tú y yo no hay nada!

— Luis, yo te quiero.

— ¡No mientas! ¡Tú no quieres más que a ti misma! ¿Crees que no he pensado en lo que ocurrió? Judith fue egoísta, Fala Richer también lo fue... ¡Y tú no podías ser menos que ellas! Pero Judith es mi mujer y la madre de mi hijo...

CAPÍTULO IX

Elga Farrel, la desgraciada oficial de Control de Comunicaciones de Amarán, hizo una labor positiva e importante. El mensaje que envió al general Engers, utilizando a los prisioneros con los que se refugió antes de ser capturada en su breve fuga, llegó a su destino.

El jefe del campo de prisioneros recibió la información y, desde aquel instante estuvo tratando de hallar el medio de advertir al «W.H.C.» Para ello necesitaba, naturalmente, que alguien saliera del campo de prisioneros.

Y esto ocurrió a las dos semanas justas, cuando los terrestres, en un desesperado contraataque subterráneo, lograron apoderarse de un gran número de olfiseos, después de haber efectuado explosiones atómicas subterráneas, cerca del estrecho de Gibraltar, donde habían preparado una encerrona al enemigo.

Fue un éxito efímero. Los olfiseos se iban adaptando rápidamente al ambiente. Y aunque la pérdida de diez mil soldados era sensible, no se inmutaron, porque las vías interplanetarias estaban abiertas para que pudieran llegar refuerzos.

Por otra parte, sus continuos avances les obligaban a distraer gran número de tropas. Cuanto mayor era el territorio subterráneo ocupado, mayor número de fuerzas debían utilizar en su conservación.

Por esta razón, ofrecieron la vía del intercambio de prisioneros. Y el trato de hombre por hombre fue aceptado por el Gran Cuartel General terrestre, más para obtener una tregua y una información, a la vez que se deshacían de diez mil olfiseos a los que apenas podían ya mantener.

Pero no esperaba el «W.H.C.» que el intercambio fuese tan beneficioso. De Tual-mpor, los olfiseos sacaron cerca de tres mil prisioneros para el intercambio. En un sólo convoy militar, de cincuenta vagones, amontonaron aquel ganado humano y lo enviaron al norte, hacia la gran ruta subterránea del Estrecho de Gibraltar, bajo las mitológicas columnas de Hércules.

Allí se realizó el intercambio. Diez mil hombres pasaron al norte y diez mil olfiseos, de tez blanca y ropas deterioradas, pasaron al sur.

Inmediatamente, el «W.H.C.» recibió numerosas comunicaciones que enviaba el general Engers.

En «algún lugar» de la atormentada Tierra, altos jefes del «W.H.C.» escucharon aquellos informes, procedentes todos de la misma fuente, a consecuencias de los cuales se reunió un grupo de técnicos. Y, naturalmente, el general Freeman fue requerido para que diera su opinión.

Freeman escuchó aquellos informes con serenidad. Tomó luego un videófono y requirió al coronel Laird, que se encontraba todavía en «Intraterris».

— Coronel Laird, hemos recibido noticias del teniente Luis de Sada. Prisioneros liberados nos han informado que, ayudado por científicos enemigos, el teniente de Sada ha conseguido éxito en la «Hominización».

— ¿Qué me dice usted? ¡Deme detalles!

— Lo siento, coronel Laird. No poseemos detalles. Le he llamado para hacerle una sola pregunta. ¿Cree usted en estos informes?

Laird tardó en responder. Al fin, dijo:

— No sé cómo ni de quién vienen. Pero siempre tuve fe en de Sada. Si el enemigo ha colaborado con él de algún modo, o ha obtenido la solución, sería extraordinario para nosotros volverle a tener aquí.

—-Atienda, coronel Laird. Quiero que conozca usted nuestra situación sin ambages. Militarmente, estamos perdidos. La guerra durará más o menos, pero terminará con nuestra derrota. Le haré otra pregunta: ¿Salvaría a la humanidad su «hominización» General?

—Depende de nuestra capacidad para fabricar soldados. Eso es una cuestión técnica y no científica, en el supuesto que de Sada posea el modo de «dar vida» a esos seres.

— Le haré la pregunta de otro modo. Supongamos que podemos hacer seres artificiales, o sea hombres para la guerra, sin fallos, ¿cree usted que nos serán útiles?

— Con sinceridad, general Freeman, desea usted tanto como yo que cuanto me dice sea cierto. Yo no puedo responder que de Sada lo haya logrado. Pero en el supuesto de que sea así, y admitido también que aún nos quedan recursos para fabricar hombres, yo no vacilaría en recurrir a todo con tal de recuperar a Luis de Sada.

— Gracias, coronel. Eso es lo que deseaba saber. Adiós. Recibirá noticas mías.

Después de esta conversación, el general Freeman propuso a la comisión militar:

— Caballeros, el teniente Luis de Sada tiene que ser rescatado

al precio que sea.

Esta declaración cayó como una ducha de agua fría sobre los altos jefes. Sin embargo, insufló también a ellos como un hálito de renovación.

— ¿Tiene usted fundadas esperanzas en él, general Freeman?

— No sé qué decirles. En primer lugar, el general Engers se ha tomado especial interés en hacemos llegar el informe. Nuestro hombre es importante. Se halla en Tual-mpor. Puede que estratégicamente la empresa sea difícil, y Engers no lo ignora.

»Pero algo muy grande está en juego y no debemos dejar nada al azar. Si la situación es tan grave que nuestros días están contados, ¿qué cuesta arriesgarlo todo para tratar de recuperar a ese científico?

— Buscar un modo de rescatar a Luis de Sada es competencia del gabinete estratégico. Nosotros sólo hemos de decidir si es necesario o no. Del éxito o el fracaso hablarán otros — dijo el presidente de la comisión.

— Propongo que se realice — dijo Freeman —. Cueste lo que cueste.

Hubo algunas objeciones. Al fin, se celebró una votación. El resultado fue de a favor y cuatro abstenciones. Inmediatamente, el resultado se comunicó al Alto Estado Mayor, y comenzaron los preparativos para la operación.

La orden impartida fue:

— Hay que ocupar Tual-mpor, por todos los medios y recuperar con vida al teniente de Sada. ¡Prioridad absoluta!

* * *

Las características de la Operación «Luz Solar»— como se llamó al rescate de Luis de Sada — adquirió pronto características extraordinarias. Para realizarla, el Alto Estado Mayor del «W.H.C.» eligió fuerzas de choque muy especiales. En pocos días reunió a ciento cincuenta mil hombres en el desierto australiano, donde quinientas naves de combate, equipadas especialmente para un intenso bombardeo y una rápida perforación, dislocarían las comunicaciones enemigas.

Este ataque principal sólo se proponía confundir al enemigo, porque la auténtica operación «Luz Solar» se iba a realizar por otro camino, más astuto y solapado, para lo cual se realizaría un ataque rutinario en un frente subterráneo próximo al objetivo, en el que unos doscientos especialistas se dejarían capturar.

Lo que se proponían aquellos hombres era muy sencillo: tenían

que ser conducidos a Tual-mpor. Y cuando estuvieran cerca del objetivo, por medio de una señal que un robot haría en el momento oportuno, desencadenar el gran ataque, desconcertando a los olfiseos.

Los cautivos lucharían entonces contra sus captores. Los cincuenta mil prisioneros del general Engers, advertidos previamente por anteriores prisioneros con mentes «acondicionadas» y mediante mensajes cifrados muy especiales, se lanzarían contra las rejas metálicas. Posiblemente, muchos de ellos morirían. Se produciría una espantosa carnicería.

Pero los olfiseos iban a tener trabajo durante unas horas, y no se recuperarían a tiempo. Cuando quisieran reaccionar, una flotilla de grandes perforadoras subterráneas habría llegado al objetivo, y Luis de Sada sería rescatado, transportándole a costa de las bajas que fuesen hasta Midaston, donde se encontrarían los altos jefes del Consejo Científico Terrestre.

* * *

Shanie Holm debía ser sometida a tratamiento. Fekek Ed Alhir lo decidió cuando supo que Luis pretendía ayudarla.

— No, doctor de Sada. Esa mujer tiene que ser conducida al campo de prisioneros, o bien le extirparemos el cerebro y ocupará una de nuestras literas de experiencias.

— Es una científico, un biólogo eminente — insistió Luis, tratando de defender a su antigua amante.

— Hay perversión en su cerebro. La hemos estudiado bien. No nos interesa su colaboración. Le tenemos a usted y nos basta. Si quiere salvar su vida, que vaya al campo de cautivos... Aunque prefiero que se le trasplante un cerebro olfiseo.

— ¡Si le hacen eso, me negaré a colaborar! — protestó Luis.

— Usted no puede negarse — advirtió Fekek—. Y si mucho nos presiona, nos queda el recurso de hacer igual con usted. Piense que su colaboración puede no interesarnos ya. Nuestra actitud puede cambiar.

Luis se mordió los labios y no replicó, optando por cesar en su defensa de Shanie. Sin embargo, fue a verla al alojamiento que le habían asignado.

Shanie se encontraba allí, vistiendo ropas olfiseas, tendida en una butaca, gozando de comidas abundantes y exóticas. Parecía satisfecha.

— ¡Oh, Luis, cuánto me alegro de verte! ¿Me traes buenas noticias, verdad?

— No, lo siento — contestó él, muy serio —. He tratado de

ayudarte.

Shanie se alarmó.

— ¿Qué quieres decir?

— Fekek dice que quiere utilizarte como conejillo de Indias.

— ¡No! ¡Tú no puedes permitir eso! ¡No lo con-sientas, Luis!

— Lo siento, Shanie. Estoy aquí tan cautivo como tú. Ellos son los que mandan. Y no nos quieren. Incluso me han amenazado con librarse de mí, si trato de ayudarte.

— ¡Piedad, Luis! ¡No me abandones! ¡No quiero morir!

— No vas a morir, Shanie. Te injertarán un cerebro nuevo, distinto al tuyo y serás otra persona...

— ¿Una olfisea con cuerpo terrestre? ¡No, prefiero morir! ¡Eso es la muerte misma!

— Elga Sarrel está viva.

— ¡Pero ha dejado de ser quién era! ¡Yo hablaré con Fekek; le convenceré! ¡Puedo ayudar aquí; tengo ideas, sé tanto como tú!

— Sí, Shanie. Pero Fekek está resuelto.

Desesperada, Shanie salió corriendo de la estancia, para dirigirse al despacho de Fekek. Casi tuvo que luchar con los ayudantes del biólogo olfiseo, pero al fin logró su propósito. Y cuando estuvo ante Fekek, le dijo:

— ¡No puede usted trasplantarme un nuevo cerebro! ¡No tiene derecho!

— ¿Ha hablado ya con de Sada? — preguntó el otro.

— Escúcheme, Fekek. Yo valgo más que de Sada. Todo lo que sabe lo aprendió del coronel Laird. Era alumno de «Intraterris», como yo. Él estaba casado con la hija de Laird. Habría podido ser mejor y no lo fue. Por ese motivo lo expulsaron.

»Y cuando él se marchó, yo hice investigaciones importantes. Puedo decirle que cualquier animal, con un cerebro humano, puede ser tan inteligente como un hombre.

Fekek estaba leyendo la mente de Shanie y no se dejaba engañar. Pero escuchó complacido la sarta de mentiras de ella. Comprendía que la exuberante terrestre sólo trataba de salvarse, aunque fuese a costa de eliminar a Luis.

— Es un hombre mediocre, se lo aseguro. Yo seré más útil. ¿Qué saben ustedes de reacciones psicopáticas? En cuanto tengan un error, Luis de Sada no solucionará el problema. Yo, en cambio, como mujer...

— Ahora va usted a proponerme algo más monstruoso aún —

habló Fekek poniéndose en pie —. Estoy leyendo su mente y sé que es usted abominable.

— ¡Escúcheme! ¡Tiene que prestarme atención! ¡La mujer es más fuerte, hábil e inteligente que el hombre terrestre! ¡Yo colaboraré entera y fielmente con ustedes, cosa que no hace Luis de Sada! ¡Él sólo espera su oportunidad para escapar!

Fekek era de otra raza. De haber sido humano, habría golpeado a Shanie. Se limitó a presionar un conmutador y a trasmitir una orden en un lenguaje que Shanie no pudo entender.

Inmediatamente, entraron varios científicos y, sin miramientos, arrastraron a la mujer fuera del despacho, dominando su voluntad. Aquella misma tarde, Shanie Holm dejaba su personalidad y memoria en la mesa de operaciones, para convertirse en un monstruo con mente olfisea, capaz de hablar por telepatía, pero incapaz de causar daño a nadie.

Luis no quiso ni ir a verla. No tuvo valor para ello.

* * *

Una noche, Luis se despertó súbitamente. El suelo temblaba. Terribles explosiones parecían llegar hasta él desde la misma ciudad subterránea.

Estaba a oscuras y cuando trató de encender la luz, no lo consiguió. Se levantó y fue hacia la puerta y la abrió. Entonces escuchó gritos infrahumanos y vio luces a través de los cristales que daban al laboratorio.

Al retroceder, creyendo que los olfiseos trataban de destruirlo todo, oyó voces enérgicas en inglés:

— ¡Buscad por ese lado! ¡Aprisa, malditos! ¡Ha de estar aquí!

La lucha debía ser feroz y despiadada. Se oían estampidos horrísonos, como estallidos de granadas atómicas.

Luego, todo el edificio tembló. Luis, a oscuras, no acertó a encontrar sus ropas. Las halló a tientas. Y se estaba vistiendo cuando potentes luces le cegaron. La puerta había sido derribada y alguien, detrás de las linternas, le examinó:

— ¡Aquí hay alguien! ¿Es usted el teniente Sada?

— Sí, ¿qué ocurre?

— ¡Gracias a Dios! —exclamaron varias voces.

— ¡Venga usted, pronto! ¡Aquí! ¡Ya le tenemos!

Luego, un nutrido grupo de hombres le rodeó, llevándole casi en volandas a una enorme máquina de perforación, que medio había

derribado el edificio. Rodeando aquel monstruo de dientes de iridio, capaz de atravesar el más duro basalto, un grupo de hombres, vestidos con uniformes olfiseos, pero provistos de armas terrícolas, disparaban en todas direcciones, tratando de contener a sus enemigos.

— ¡Ya está aquí!

Había una escotilla abierta. Luis se sintió magullado al ser introducido en el interior de la máquina, donde algunos oficiales le metieron en otra perforadora más pequeña.

— No se preocupe. Está usted a salvo, teniente de Sada — le dijo un veterano oficial—. Nosotros nos quedaremos aquí, sembrando el desconcierto. Será usted conducido al exterior en esta nave pequeña.

— Pero ¿qué significa esto?

— No me haga preguntas, por favor. Cumplimos órdenes.

Dentro de la pequeña nave había seis tripulantes. Pronto supo Luis que eran geólogos y todos tenían un historial extraordinario. Si aquellos hombres no le llevaban a su destino, cumpliendo el principal papel de la operación «Luz Solar», nadie sería capaz de hacerlo.

— Para sacarle de aquí se han movilizado ciento cincuenta mil hombres, teniente — le dijo un mayor, llamado Strasse—. Ahora está creado el entretenimiento. Nosotros hemos de escabullimos sin ruido... ¡Ataca, Horny!

El piloto, guiando la pequeña nave perforadora, había abandonado la nave nodriza en el momento propicio. Y ahora, el vehículo atacaba la corteza terrestre, adentrándose en ella como un cuchillo afilado en una montaña de manteca.

Dentro del vehículo sólo los controles indicaban la posición. Los seis tripulantes sabían su oficio. Luis admiró su trabajo, incluso les hizo preguntas para conocer algunos pormenores.

En una ocasión en que la temperatura dentro del vehículo perforador aumentó hasta llegar casi a los sesenta grados, Luis preguntó:

— ¿Dónde estamos? ¿Qué calor es éste?

— No se asuste, pero estamos atravesando una corriente de magma fundida, inmersos en lava...

— ¿Qué dice usted? ¿Y no nos desintegramos?

— Tenemos un sistema de refrigeración que está creando una revolución externa... ¡Vira, Horny; el termómetro sube!

Fueron momentos dramáticos. Se habían tropezado con un túnel en ignición, cosa bastante rara, pero no improbable. En otra nave menos preparada, habrían perecido. En aquélla, y dado el escaso

tiempo que estuvieron en contacto con el magma, no ocurrió nada.

Sin embargo, la lava les fue siguiendo durante algunos cientos de metros, por el túnel que ellos mismos abrían.

En otra ocasión salieron a una galería desocupada. Allí tuvieron que utilizar las ruedas vibratorias replegables. Y, por último, tras un alucinante viaje a través del centro de la tierra, salieron al exterior, bajo el sol que Luis no había conocido nunca.

A través de estrechas mirillas, protegidos por cristales antirradiactivos, pudieron ver el desolado y humeante paisaje terrestre. Las naves aéreas sobrevolaban la zona y fueron detectados a los pocos segundos.

Una enorme grúa volante descendió sobre ellos y los elevó, para trasladarlos, sin pérdida de tiempo a una plataforma voladora.

Y a mediodía, seis horas de haberse producido el rescate, Luis se encontraba en otro punto de la Tierra, y en presencia de una comisión de hombres de ciencia, entre los que se encontraba el general Freeman.

De nuevo, Luis de Sada había penetrado en las entrañas del mundo atormentado.

La operación «Luz Solar» fue costosa, pero efectiva.

— Me alegro de volverle a ver, teniente de Sada. Hemos empleado medios ingentes y sobrehumanos para rescatarle. Ya está usted aquí. Ahora, tendrá usted que demostrar a estos caballeros que el esfuerzo realizado valía la pena. ¿Es cierto que puede usted fabricar hombres artificialmente?

La respuesta de Luis fue lacónica y sencilla:

— Sí.

EPÍLOGO

«Henry» miró fijamente a Luis y le tendió la mano.

— He comprendido perfectamente. No soy como vosotros. No soy humano, aunque me comporte como tal. Puedo sobrevivir en situación de mayores privaciones. Soy más resistente, viviré más años.

—Exactamente, «Henry». Continúa, por favor. Estos caballeros están satisfechos.

En el Laboratorio Biológico de «Intraterris» reinaba aquel día una emoción indescriptible. Detrás de los cristales del pasillo, las alumnas del coronel Laird, entre las que estaban Judith y Fala Richer, con las narices aplastadas contra los vidrios, observaban boquiabiertas las experiencias del hombre al que habían creído perdido para siempre.

Dentro del laboratorio, una docena de miembros del Consejo Científico rodeaban la mesa. Allí estaba el general Freeman, dos altos jefes militares del W.H.C.», el inspector Rooger, rebosante de satisfacción, el coronel Laird y Luis.

«Henry» era la atracción principal, sobre cuya cabeza estaba el casco metálico con los cátodos, ánodos y diodos que le facilitaban la grabación de su memoria.

— Mi misión consiste en luchar. Millones de seres como yo serán fabricados en los laboratorios de este planeta, para atacar al enemigo invasor. Soy un soldado, un combatiente, cuya pérdida no significa más que la destrucción de la materia de la que estoy compuesto.

— Sí, «Henry»; así es. Eres el producto de la «hominización».

—- Sé hablar vuestra lengua porque mi cerebro es inteligente. Estoy hecho igual que vosotros, aunque puedo perfeccionarme...

— ¡Maravilloso! —exclamó el general Freeman—. No necesito más, teniente de Sada. Nos llevaremos a «Henry» al «W.H.C.». Ustedes empezarán inmediatamente a trabajar, a fin de que, en el menor plazo posible, las fábricas de «homínidos» estén produciendo a ritmo rápido.

— Ya teníamos previsto eso — contestó el coronel Laird—. Cada uno de nosotros asumirá el mando de una central de producción. Los biólogos se unirán a nuestras escuelas, de forma que, una vez construidos los primeros prototipos, pasen a dirigir nuevas factorías.

— Daremos prioridad absoluta a esas necesidades, coronel Laird — dijo uno de los altos jefes, compañero de Freeman—. Comprenda que el tiempo apremia. Propondré al teniente de Sada para un rápido ascenso. Posiblemente sea nombrado general técnico. Él estará encargado de supervisar todas las instalaciones que deben empezar a funcionar inmediatamente.

— ¿En cuánto tiempo ha calculado usted que podemos disponer de un millón de «Henries»? — preguntó Freeman, mirando a Luis.

— Si me dan medios, técnicos y material, y las cadenas empiezan a trabajar sin reposo, antes de dos meses pueden disponer de cien mil «homínidos» por día.

— ¿Cien mil soldados al día? ¿Qué necesita para eso?

— Máquinas, naves, controles... En el proyecto figura todo lo necesario. Lléveselo consigo, señor.

— Usted vendrá con nosotros, teniente.

— ¡Todavía no he visto a mi hijo, señor!

— Déjese de sentimentalismos... Coronel, disponga que le den ropa a «Henry». Caballeros, la demostración ha terminado. El tiempo apremia.

— En el «W.H.C.», tienen que ver a «Henry» para que dispongan lo necesario a fin de empezar cuanto antes.

— Por favor, señor — suplicó Luis—, déjeme ver a mi hijo, aunque sólo sea un minuto.

— Que su esposa nos acompañe también. Tiene usted derecho a estar con ella unos días — contestó Freeman, sonriendo.

Apenas si Luis había tenido ocasión de hablar con Judith. Se habían abrazado, cuando se encontraron. Luego, el trabajo impidió a Luis hablar con ella. Sin embargo, mientras viajaban en un tren especial, Judith sosteniendo en brazos al pequeño Luis, tuvieron tiempo de contárselo todo.

— ¡Mi sufrimiento fue horrible, Luis! No puedes imaginártelo — dijo ella, apenada.

— Creo que ya no deberíamos hablar más de aquello.

— ¡La culpa fue mía! ¡Estaba nerviosa y excitada! El trabajo no iba bien. El pequeño me crispaba los nervios... Y las otras despertaban mis celos. Me veía gorda y fea.

— ¡Pero yo no te veía así, querida! ¡Te encontraba adorable y hermosa!

— Luego, tu conducta con Shanie...

— Yo también estoy apenado. Me trastornó. No hubiese sido más que una nubecilla, pero tu padre...

— ¡Sí, papá estuvo muy duro!

— Y yo también, negándome a secundarle. Después he pensado detenidamente en todo y sé que cada uno de nosotros actuó equivocadamente. El resultado fue que, para castigarme, me enviaron a donde tenía que encontrar la solución.

»E1 profesor Fekek me enseñó mucho, lo confieso. Pero de no haber sido por Elga Sarrel.

— ¿Quién es Elga Sarrel? — quiso saber Judith.

— Una mujer que me comprendió y a la que conocí en el tren, mientras era conducido ante el juez. Volví a encontrarla en el campo

de prisioneros de Tual-mpor. Quise ayudarla y la sacrifiqué.

Luis explicó a su mujer en qué consistió la experiencia realizada por Fekek Ed Alhir y sus ayudantes, y Judith tuvo un estremecimiento.

—-¿La suprimieron trasplantándole el cerebro?

—Sí... Y lo mismo hicieron con Shanie.

— ¿Shanie? ¿La viste allí también? — se extrañó Judith.

Él asintió con la cabeza.

— ¡Dios mío, qué horrendo final!

— Fekek me llamó un día a su despacho. Fui y allí me encontré a Shanie. Él me dijo qué clase de persona era ella. Podía leer su mente. Y Shanie no había cambiado nada en absoluto. Es más, trató, por medio de embustes, ganarse a Fekek y perjudicarme a mí.

— Por esa misma razón la hizo deportar mi padre — explicó Judith —. La verdad se supo después de irte tú. Fue ella la que te dijo que entre Fala y yo había existido algo inconfesable...

»Lena, por casualidad, reproduciendo una de las grabaciones, escuchó la conversación que quedó grabada aquel día, y que no se había vuelto a tocar desde entonces. Por lo visto, la grabadora destinada a inculcar la memoria a «Henry» quedó en funcionamiento.

»Fala oyó aquello y trató de matarla. Entonces me contó lo que había ocurrido entre tú y Fala, cuando la sorprendiste abrazada a «Henry» Pero la infame fue Shanie, al levantar calumnias y mentiras.

— Olvídalo, amor mío. Ya pasó todo. De no haber sido así, ahora no estaríamos juntos, no tendríamos la posibilidad de crear hombres artificiales.

— Sí... ¡Pero te quiero, Luis, te quiero más que a mi vida!

* * *

El «W.H.C.» aprobó inmediatamente, con carácter urgente y secreto, la creación de una gran factoría, en Midaston, que sería la escuela de preparación de técnicos. En menos de una semana, aquel pequeño poblado subterráneo, a «Intraterris», se convirtió en el lugar más concurrido del mundo subterráneo.

En pocos días excavaron, trajeron máquinas, materiales para la síntesis y establecieron los cimientos de la mayor fábrica de guerra que han conocido los siglos: ¡una factoría de soldados!

Las cadenas de producción en serie pronto empezaron a funcionar, sin que aún hubiesen acabado los técnicos de hacer las instalaciones. Día y noche, Luis de Sada, ahora con estrellas de coronel — grado concedido a su regreso del «W.H.C.» — daba

lecciones a biólogos, explicando pacientemente sus experiencias y resultados.

Por su parte, Judith, Fala y las otras oficiales biólogos, colaboraban en la creación de moldes «humanos», primero hechos de arcilla y escayola, y posteriormente de acero.

No era tarea fácil, ni mucho menos, «hacer» un hombre. Requería tiempo y paciencia. Sin embargo, según los cálculos hechos, Luis sabía que, con medios ilimitados, se podían hacer cien mil diariamente.

Ahora, en los comienzos, podían hacer media docena, utilizando cerebros previamente condensados en otros lugares, ya era un éxito. De este modo, los que habrían de dirigir las nuevas fábricas se ejercitaban.

Y aún hubo algunos fallos, que Luis tuvo que corregir rápidamente, como el «homínido» medio idiota que creó el grupo de Deisy Roberts, en cuya conversación se mezclaban palabras extrañas. Luis le hizo una trepanación y corrigió el defecto. El «individuo» pudo asimilar la grabación psíquica que le tenían preparada y que era un modelo general para todos.

Por otra parte, los olfiseos habían encajado muy mal el ataque sorpresa dirigido contra Tual-mpor. Y no tardaron en saber la razón comprendiendo el error que habían cometido.

Para contrarrestarlo, dirigieron una ofensiva endiablada, tanto bajo el suelo como en la superficie, perforando en muchos lugares de Europa y provocando explosiones atómicas subterráneas, muchas de las cuales causaron importantes daños.

Estaban persuadidos de que iban a vencer, pese a lo que los científicos pudieran hacer, a los que no querían dar tiempo para desarrollar sus planes.

No contaron Fekek y sus generales con la tenacidad humana y el espíritu de resistencia. El «W.H.C.», consciente de que únicamente el tiempo podía salvarles, envió todos sus efectivos y reservas a la defensa, con la consigna de morir, si fuese necesario, antes de permitir el avance enemigo. Y aunque los avances continuaron, se hicieron más lentos y penosos.

Las bajas subieron de modo alarmante. En un mes se perdieron más de treinta millones de soldados, entre mujeres y hombres. Y, al mes siguiente, luchando ya bajo los antiguos suelos de Europa, el número de muertos y prisioneros pasó de los sesenta millones.

Las estadísticas revelaron que el noventa por ciento de la población mundial estaba compuesta por niños y niñas menores de quince años. El restante diez por ciento eran soldados.

Pero Luis de Sada cumplió sus programas con cinco días de

antelación. Y a los cincuenta y cinco días, las diez fábricas de «homínidos» empezaban a crear cien mil soldados diarios.

Al principio, fueron enviados aquellos hombres, sólo cubiertos con taparrabos y casi sin armas, a taponar las brechas por las que se filtraban continuamente los olfiseos.

Después, en días sucesivos, fue posible adiestrarlos militarmente y proporcionarles algún tipo de arma. Y, posteriormente, ya se empezaron a notar los resultados, iniciándose las primeras retiradas enemigas.

El «W.H.C.» requirió al coronel de Sada para que fabricase medio millón de obreros, capacitados para utilizar máquinas y herramientas, en vez de armas. Y los equipos de Luis, modificando sus grabaciones neurosensoriales, sirvieron el pedido en cinco días.

Las fábricas empezaron a trabajar de nuevo a pleno rendimiento. Cada diez días, un millón de «homínidos», por último completamente uniformados y equipados para la guerra subterránea, partían en los trenes.

Al quinto mes, los olfiseos fueron expulsados de sus últimos bastiones, aniquilados en su mayoría, y la guerra volvió de nuevo a los espacios siderales. Se reconquistó la Luna, Marte, Venus y las bases de los satélites de Júpiter y Saturno, donde se volvieron a instalar las baterías cósmicas.

Al año, los olfiseos, replegados a sus mundos, pedían condiciones de paz, que no fueron aceptadas.

En la Tierra empezaban a surgir poblaciones sobre la superficie. Millones de «homínidos» repoblaban aquel suelo calcinado, replantaban árboles por todas partes, que la radiación todavía latente hacía crecer con rapidez, y ríos de agua artificial regaban el suelo.

Es obvio decir que los científicos podían controlar ya la radiactividad y la aprovechaban en beneficio de la humanidad.

Al fin, el «W.H.C.» dio orden de suspender la fabricación de «homínidos», cuyo número ascendía ya a más de mil millones.

Y no era fácil abastecer a tantas bocas. Por otra parte, era inhumano eliminar a los «seres» que habían conquistado la victoria, tratándose de seres racionales y pensantes.

No se cayó en el error de crear mujeres artificiales lo que habría dado en pocos años un fabuloso índice de crecimiento. Los «Henris» que no murieron en la lucha debían vivir entre ciento setenta y doscientos treinta años. Pero cuando transcurriera este período, la Humanidad volvería a quedar estabilizada.

Además, aunque se hubiese querido eliminar a los que se crearon

para la lucha, no hubiera sido posible. Los combatientes no se dejaban matar tan fácilmente, por amigos o enemigos. Tenían consciencia de su ser y deseaban vivir, aprendían como cualquier escolar y se consideraban seres de carne y hueso.

También se les reconoció un espíritu, porque muchos demostraron poseerlo. El único defecto era su origen y configuración: ¡todos eran exactamente iguales, como gotas de agua!

* * *

La guerra había terminado.

Luis de Sada, licenciado con el grado de general, había sido nombrado Director General Técnico del Consejo Científico. Y se le concedió un hermoso palacio en la capital mundial que fue construida en el corazón de la vieja Europa.

Allí se instaló con su mujer y su hijo, rodeado de altos dignatarios que le consideraban como el principal benefactor de la Humanidad. Y la capital del mundo recibió el nombre de Luis de Sada.

La fortuna les sonrió desde entonces, tanto a él como a todos los que colaboraron en el trabajo que permitió derrotar a los olfiseos.

En una ocasión, la Directora del Instituto de Biología de la capital, Fala Richer, fue a visitar a la familia de Sada. Luis ordenó que fuese conducida inmediatamente a su despacho.

Y Fala lo primero que hizo fue besar a Luis.

— ¡Viejo general! —exclamó ella, riendo.

— Querida Fala, sé que estás muy ocupada. Pero no hay derecho a que nos tengan tan abandonados.

— ¡Ah, eres tú, que estás demasiado alto! Pero hoy he venido dispuesta a verte, aunque tus secretarios no me dejasen entrar.

— Calumniadora. Eres la primera en la lista de personas gratas. Hoy comerás con nosotros en la intimidad. Luis Abraham tiene ya cinco años.

— ¡Cinco años, cómo pasa el tiempo! Antes de hacerme vieja, he decidido casarme. De eso venía a hablarte.

— ¡Vaya, buena noticia!

— Por doble motivo, Luis. Me caso con «Henry»...

— ¿Con «Henry»? ¿Cuál de los mil millones de «henries»?

— Con el número uno... El mío.

— ¡Oh! Pero... Creo que hay legislado algo a ese respecto.

— Sí. La ley no reconocerá ningún hijo nacido entre «homínido» y mujer natural, si es que nace alguno. Pero no me

importa. Estoy enamorada de «Henry».

— ¡Eso es un disparate, Fala!

— Es posible. Pero me encanta. Amo a «Henry» y él me ama a mí. Además, en contra de lo que crees, no es como los otros… ¡Es más humano!

Luis sacudió la cabeza con gesto dubitativo.

— No confío en el éxito de ese matrimonio.

— Tú no conoces a «Henry».

— ¿Qué no le conozco? — exclamó él.

— No. Ha cambiado mucho en cinco años.

— Bueno, admito que he construido tantos «henries» que he perdido la pista de nuestro primer amigo. ¿Dónde está?

— Ha permanecido todo este tiempo en el «W.H. C,», como asesor militar técnico. Es el único que ha alcanzado el grado de coronel.

— ¿Nuestro Henry, coronel?

Fala sonrió.

— Sí. Y a él le debemos muchos de nuestros grandes triunfos militares. Una anécdota: cuando se preparaba la ofensiva en África, los técnicos cometieron un error geológico que nos podía haber costado caro.

»Henry memorizó en una noche cincuenta grabaciones de geología y, por la mañana, expuso que la operación fracasaría si se atacaba como estaba previsto. El enemigo podía provocar un hundimiento geológico e inundar nuestras principales vías de comunicación. Demostró el fallo «humano» y convenció al Consejo de Guerra para iniciar el ataque por otra parte.

«Efectivamente, tuvo éxito y se pudo demostrar que los olfiseos lo tenían todo preparado para inundar nuestras vías de comunicaciones con agua del Atlántico.

— Ignoraba eso, Fala.

— Henry me lo contó. Además, quiere venir a verte.

— ¡Desde luego, Fala! ¿Dónde está ahora?

— En el hotel Marte.

— ¡Lo llamaré, para invitarle a comer con nosotros!

A los pocos minutos, Luis había establecido contacto videofónico con el primer hombre artificial que salió del laboratorio de biología.

Y los dos hombres, antes de hablar, se examinaron a través de las pantallas.

— «Henry»...—empezó a decir Luis, emocionado.

— ¿Qué tal, general de Sada? — respondió el otro—. ¿0 debo llamarle padre? Hace tiempo que deseaba verle. De no haber sido por Fala, la ocasión habría tardado en presentarse. Ambos tenemos mucho trabajo.

«Henry» estaba exactamente igual que el día en que fue construido.

En cambio, Luis, en cinco años, parecía haber envejecido quince.

— Ven a mi casa, «Henry». Tenemos mucho de qué hablar. Te espero a comer.

— Allí estaré, señor profesor. Muchas gracias — contestó «Henry» con voz emocionada y agradecida.

F I N

Notes

[←1]

Alto «Consejo de Guerra». (N. del A.)